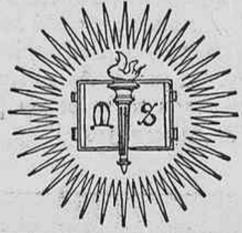


La Ilustración Artística

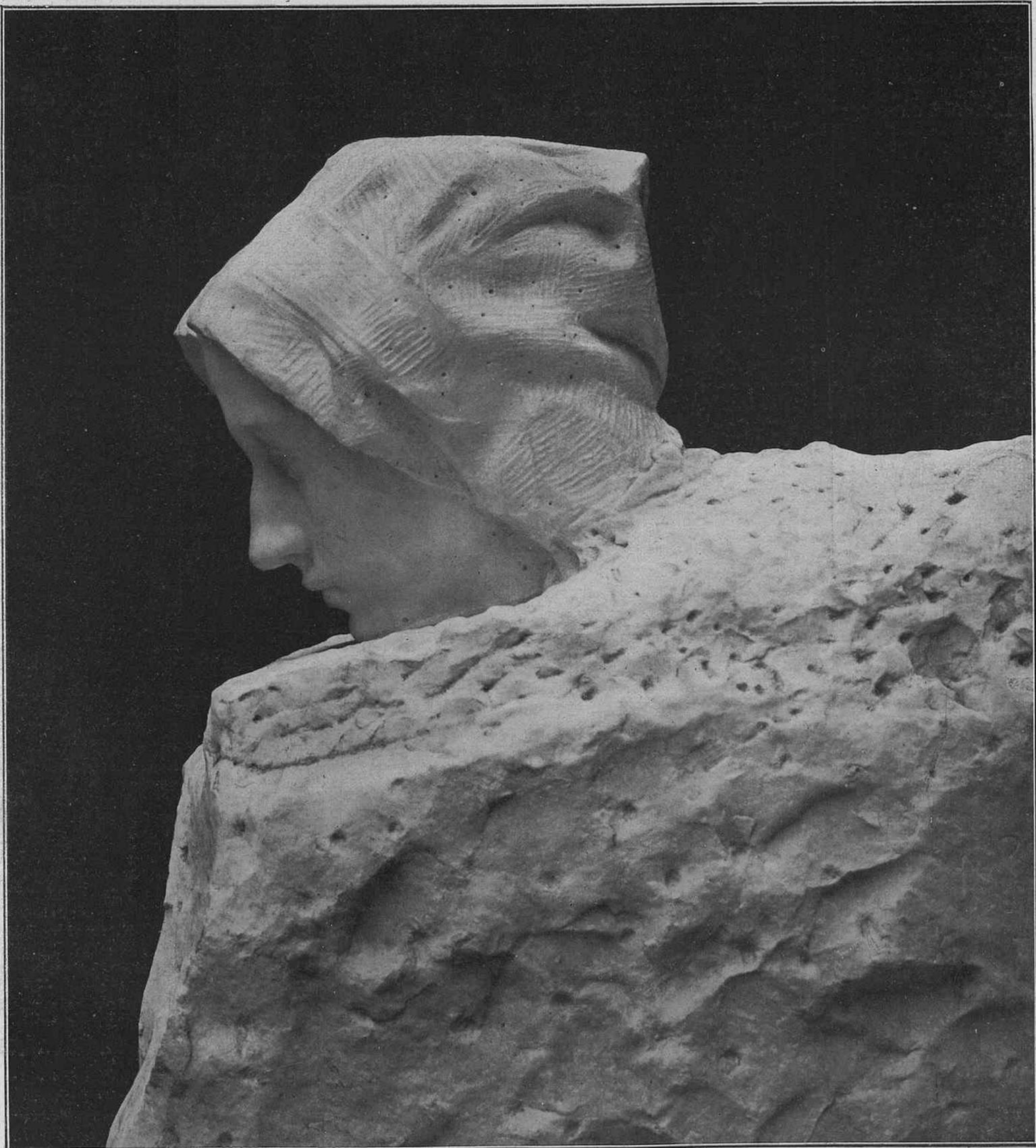


AÑO XXXI

BARCELONA 8 DE ENERO DE 1912

NÚM. 1.567

OBRAS MAESTRAS DE LA ESCULTURA MODERNA



EL PENSAMIENTO, escultura de Augusto Rodin
(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

Todas las obras del gran escultor francés llevan impreso el sello del genio; no son sólo esculturas maravillosamente modeladas; son, además, seres en los cuales la vida palpita, que piensan, que sienten, como si el artista, dotado de un poder prodigioso, hubiera infundido un alma en la materia de que están formados. En ese busto que surge del informe bloque, puede apreciarse la verdad de lo que decimos: esa frente, esos ojos, ese rostro de serenidad augusta, son la expresión más perfecta, hermosa y sublime de lo que el autor se propuso al concebirla y ejecutarla, de *El Pensamiento*.

SUMARIO

Texto.—Juan Maragall.—*La vaca ciega*.—*La campana y el pararrayos*.—*La sortija*, cuento de E. Drevetón.—*Los reyes de Inglaterra en la India*.—Madrid.—*Bautizo de la infanta Doña María Cristina*.—D. Francisco Villaespesa.—*Monumento al capitán Melgar*.—*Solar para la nueva Casa de Correos*.—*La novela de una creyente* (novela).—De Melilla.—*Los festivales de Minerva*.—*Visita oficial á la Reforma*.
Grabados.—Juan Maragall.—*Dibujo de Mas y Fondevila*.—*Un serrano de antaño*, cuadro del conde de Aguiar.—*El Durbar de Delhi*.—*Un día de huelga*, cuadro de L. Humbert-Vignot.—*Bautizo de la infanta*.—Francisco Villaespesa.—*Monumento á Melgar*.—*Firma de la cesión de un solar*.—Melilla.—*Festivales de Minerva*.—*Trozo de la Gran vía A*.

JUAN MARAGALL

La muerte de Maragall ha arrancado un grito de dolor unánime. Cataluña ha perdido con él al hijo amantísimo, todo amor, todo reverencia para ella; España, al patriota ilustre que, como nadie, supo llorar sus desgracias é infundirle esperanzas redentoras; la humanidad, al pensador profundo, al escritor preclaro y sobre todo al varón justo, al apóstol de la bondad, de la belleza y de la verdad, que deja á su paso por este mundo esa estela de luz que en pos de sí dejan sólo los espíritus escogidos.

Fué poeta excelso: enamorado de los más grandes ideales, remontóse á las regiones serenas que ninguna impureza turba y tuvo para cantar la Fe, el Amor y la Patria versos llenos de unción que conmueven, acentos dulcísimos que arroban, vigorosas estrofas que enardecen.

Fué un espiritualista en el más alto sentido de la palabra y, sin embargo, vió las realidades con perspicacia y claridad por pocos igualadas; esto le permitió alternar con sus trabajos literarios esos artículos sobre asuntos de actualidad política, que eran esperados con ansia siempre que algún suceso de verdadera importancia dejaba presumir que acerca de él diría Maragall su palabra. Y estos artículos eran leídos con deleite, porque Maragall, substrayéndose á todo apasionamiento, huyendo de toda violencia de concepto ó de lenguaje, juzgando los hechos con esa ecuanimidad que es patrimonio de las almas privilegiadas, dejaba oír su voz reposada para emitir el juicio siempre oportuno, dictado por una razón segura y por una conciencia recta, pero también por un corazón bondadoso.

La bondad, he aquí la cualidad característica de Maragall: aquella bondad que se reflejaba en su dulce mirada, en su suave sonrisa y en todo su rostro apacible; aquella bondad que comunicaba á sus palabras el encanto de una caricia y á su trato atractivos seductores; aquella bondad que se desbordaba de todo su ser, que se transparentaba en todos sus escritos, que respaldaba en todos sus actos, traduciendo por la más indulgente tolerancia aun para aquellos que más opuestos eran á su modo de sentir y de pensar. Así en vida sólo podía tener amigos y sólo amigos tuvo, fervientes, devotos, entusiastas; y así al morir, hombres de todas las ideas y de todas las condiciones han ensalzado su memoria y derramado juntos sus lágrimas sobre su tumba, porque en todos penetraron muy hondamente el amor y la bondad que en todos puso Maragall.

La biografía de Maragall puede escribirse en muy pocas líneas. Nació en 1860, estudió la carrera de abogado en esta Universidad, fué redactor del *Diario de Barcelona*, mereciendo el cariño y la confianza del inolvidable Mañé y Flaquer, que le nombró su secretario particular. En 1903 fué nombrado presidente del Ateneo Barcelonés, leyendo en la sesión inaugural del curso su magnífico *Elogio de la Paraula*. Era Mestre en Gay Saber y en los Juegos Florales de 1910 obtuvo el premio Fastenrath por su colección de poesías titulada *Enllá*. En 1895 publicó sus *Poesías*, á las que siguieron *Visions y Cants* (1900), *Les disperses* (1904) y *Seqüencies* (1910); publicó, además, admirables traducciones, entre ellas *Efígenia á Taurida*, *Eridón y Amina* y *Pensaments*, de

Goethe; *Fisonomías de Santos*, de Hello; y *Enric d'Ofterdinguen*, de Novalis. En cuanto á sus artículos, innumerables, algunos de ellos fueron coleccionados en una lujosa edición que sus admiradores le ofrecieron como homenaje hace algunos años.

En la página siguiente publicamos la célebre poesía de Maragall *La vaca ciega*, de la que á continuación damos la hermosa traducción del inspirado poeta Eduardo Marquina. Asimismo reproducimos uno de sus bellísimos trabajos en prosa castellana: *La campana y el pararrayos*.



Juan Maragall, fallecido en Barcelona en 20 de diciembre de 1911. (De fotografía de Mas.)

LA VACA CIEGA

Topando de cabeza con las rocas,
y caminando al agua por instinto,
viene la vaca solitaria. Es ciega.
Demasiado certera, una pedrada
del rabadán le saltó un ojo; el otro
se lo esconde una nube: y así es ciega.
A abrevarse vendrá como solfa,
pero sin aquel aire decidido
de entonces; sin amigas; viene sola.
Sus hermanas por cuencas y vertientes,
por los prados y orilla de los ríos
hacen sonar la esquila, mientras pacen
de la hierba al azar... Ella caería.
Da con el belfo en el pilón gastado
y recula espantada; pero vuelve
y baja la cabeza y bebe, á sorbos.—
Bebe, con poca sed.—Luego levanta
al cielo, enorme, la testuz armada
con un gran gesto trágico; moviendo
las dos pupilas muertas parpadea,
y se aleja por fin, calmosa, huérfana
de luz, en medio de aquel sol que abrasa,
vacilando al andar y sacudiendo
con languidez la macilenta cola...

LA CAMPANA Y EL PARARRAYOS

La tempestad avanza rugiendo entre la noche. Al primer soplo del huracán se estremece el valle en la obscuridad; y al fragor de la tormenta, cada vez más cercano, empieza á responder allá arriba en la loma el trémulo son de la campana de la ermita.

A la luz de los relámpagos, más intensa y frecuente por momentos, aparece en breves intermitencias á media altura de la loma la blanca mansión del potentado rematada por la negra varilla del pararrayos. El temporal arrecia en la noche: la voz de la cam-

pana se hace más insistente y lastimera como supliendo, mientras el pararrayos, mudo y erguido, parece disponerse á tremenda lucha.

Y sea fantasía del ánimo sobrecogido ó ilusión de los sentidos aguzados, diríase que entre los estruendos y confusos rumores de la tempestad, el hierro y el bronce comienzan á hablarse de esta suerte:

—¡Callarás, callarás, maldita?—dice el pararrayos.—¿Persistirás eternamente en ese inveterado prurito que tantas vidas ha costado? ¿Ignoras las leyes de tu propio sonido, y no sabes que esa voz tuya, con la que neciamente pretendes ahuyentar todos

los males, abre un más fácil camino al genio devastador de la tormenta?

—¡Qué sé yo!—responde la campana.—Ante la ira de los elementos, siento un impulso de orar, de pedir clemencia...

—¡Inútil, pernicioso sentimentalismo! Yo conozco esos elementos, tengo calculadas sus leyes y sus fuerzas, y estoy hecho á medida para contrarrestarlas. Así, mi dueño puede contar conmigo; soy una defensa positiva.

—Eres la imagen del egoísmo: defiendes un dueño, una casa... Yo pido por todos; y en mi voz, oída en la comarca entera, vibran los temores y los anhelos del valle y de la montaña, los más humildes é inconscientes como los más reflexivos y fundamentados... ¿quién sabe si también los temores y los anhelos de tu mismo dueño, que revolviéndose ahora inquieto en la obscuridad de su mullida cama, tal vez se siente irresistiblemente ligado al terror colectivo, y ora como los demás por encima de su confianza en ti!.. ¡Nang... nang... nang!..

—Y ¿por qué no tendría mi dueño en mí una confianza absoluta? Mi construcción es perfecta: y á tanto puede llegar la perfección, que un día yo ó algún semejante mío podamos preservar comarcas enteras del rayo, de la tromba ó del pedrisco...

—Nunca preservaréis á los hombres de la grave aprensión de la muerte...

Estalla sobre el valle todo el espantoso furor de la tempestad deshecha: el pararrayos vacila rechinando en sus soportes, y el ¡nang!.. ¡nang!.. ¡nang!.. de la campana se hace supremamente angustioso y apremiante.

—Siento correr por mí—dice aquél—terribles estremecimientos que son al mismo tiempo un gran deleite. ¡Oh!, ¡cómo lucho!, ¡cómo trabajo!

—Y á mí un fervor sublime me embriaga...

—¡Ánimo!, ¡hermana mía!, los instantes son supremos.

—¡Valor, hermano!

—¡Quisiera tener, como tú, una voz para entonar un himno á la tempestad! Tú te pones al acorde con su violencia, y hasta modulas... y hasta me parece que hablas, gritas y sollozas. Mi trabajo y mi deleite no tienen verbo... no penetran... y en momentos como éstos encuentro á faltar la simpatía del mundo.

—Tu conductor es una fría cadena de hierro: el mío son los músculos vivos y el angustiado corazón del ermitaño.

—Con toda mi perfección, me falta algo...

—Algo que con toda mi vaguedad yo tengo...

Y cada cual á su manera prosiguen la tremenda lucha en las tinieblas.

La tormenta comienza á ceder: las nubes son menos espesas, la obscuridad menos impenetrable; los relámpagos disminuyen en frecuencia y brillo; los truenos se debilitan y alejan, conviértese el aguacero en pausada lluvia.

Alborea. La campana lanza con fuerza su postrer conjuro á la tormenta.

—Oye—dice al pararrayos, mudo é inmóvil como un tizne de carbón en la atmósfera sonrosada:—tengo voz para todo: desvanecidos los terrores de la tempestad y de la noche, llevaré ahora la alegría al valle anunciando el día.

Y vibrante aún del postrer conjuro, hace sonar en la paz de la mañana la alegre salutación matutina: nang... nang... nang... Ave María.

LA ILUSTRACIÓN
ARTÍSTICA
à Maragall
1860 - 1911

La Sardana

La vaca cega

Topant de cap en una y altra soca,
avansant d'esma pel camí de l'aigua,
se'n ve la vaca tota sola. És cega.
D'un cop de roch llençat ab massa traça,
el baylet va desferli un ull, y en l'altre
se li ha posat un tel: la vaca és cega.
Ve a beurar-se a la font com ans solia,
mes no ab el ferm posat d'altres vegades
ni ab ses companyes, nó: ve tota sola.
Ses germanes, pels cingles, per les comes,
pel silenci dels prats y en la ribera,
fan sonar l'esquellot, mentres pasturen
l'herba fresca a l'etzar... Ella cauria.
Topa de morro en l'esmolada pica
y reula afrontada; però torna,
y baxa'l cap a l'aygua, y beu calmosa.
Beu poch, sens gayre sei. Després axeca
al cel, enorme, l'embanyada testa
ab un gran gesto tràgich; parpelleja
sobre les mortes nines, y se'n torna
orfe de llum sota del sol que crema,
vacilant pels camins inoblidables,
brandant llanguidament la llarga cua.

LA SORTIJA, CUENTO DE REYES, DE EUGENIO DREVETÓN (1), dibujo de Tamburini



Nada de esto, caballero; no me molesta usted en lo más mínimo

En cuanto Octavio Leglaine hubo cerrado la puerta, la vieja Prudencia gritóle desde el fondo de la cocina:

—En la mesa del comedor hay un paquete para usted. No me pregunte, sin embargo, quién lo envía, porque el recadero que lo ha traído se ha olvidado de decirlo.

Leglaine, un tanto intrigado, quitóse el sobretodo. Era un hombre macizo, de unos cuarenta años, robusto, de anchos hombros, color sano, gran bigote rubio y fisonomía abierta y franca.

Bastóle echar una mirada á la redonda caja de cartón para adivinar su contenido.

—¡Una torta del Delfinado!, exclamó con un estremecimiento de glotonería.

¿Quién había podido enviarle aquel exquisito dulce, de dorada costra, ligeramente tostada, hecho de candeal, manteca, azúcar y huevos, con unas gotas de aguardiente y perfumado con limón y azahar, que es el triunfo de los panaderos y pasteleros de Villeroche?

—De todos modos, el regalo tiene su ironía, porque ¿con quién va á celebrar la fiesta de los Reyes un solterón como yo? En fin, la celebraré con usted, Prudencia. Pondrá usted su cubierto en la mesa en frente del mío y tóquele ó no el haba, será usted la reina y la abrazaré.

Aquella salida púsole de buen humor y á su cargada sonora respondió la risa cascada de la doméstica, que, con las mangas subidas hasta el codo, las cintas de su cofia echadas á la espalda, su rostro

flaco, terroso, surcado de arrugas y sus ojillos sonrientes y maliciosos, plantóse con los brazos en jarras delante de su amo.

—Señorito Octavio, mi puesto no está en su mesa, sino en la mesa de la cocina. Además, ¡á quién se le ocurre invitar á una vieja cuando se tiene, como usted, una traza soberbia capaz de trastornar á todas las muchachas de Villeroche!

—No pretenderá usted, sin embargo, que baje á la calle para invitar á la primera muchacha que pase.

—¿Quién le habla á usted de bajar á la calle? Sin salir de esta casa...

Leglaine hizo un gesto de azoramiento.

—¿Se ha vuelto usted loca, Prudencia? ¿Quiere usted que vaya á invitar á la señorita Tabaret, á quien apenas conozco más que de haberme cruzado con ella en la escalera y á la que nunca he dirigido la palabra? Me daría con la puerta en las narices y no le faltaría razón para ello.

—En primer lugar, es demasiado fina para incurrir en esa grosería; figúrese usted que cada vez que me encuentra me pregunta por mi salud. Y en segundo lugar, no es una niña de quince años, sino que me parece que tiene ya sus treinta. De todos modos, yo de usted me arriesgaría á invitarla.

Aquella idea de convidar á su vecina, á la profesora de piano del piso segundo, de porte modesto y reservado, acabó por agradaarle, porque armonizaba con su carácter novelero, alegre y jovial.

—De todas maneras, Prudencia, tome usted nota de lo que voy á decirle: si la señorita Tabaret se niega á celebrar la fiesta de Reyes en mi noble compañía, sobre la cabeza de usted caerá todo el peso de mi despecho y de mi furor.

A pesar de su habitual desenvoltura, de aquella indolencia natural que le perjudicaba cerca de la clientela que visitaba como representante de varias casas, lo cual le preocupaba poco porque disfrutaba de buenas rentas, Octavio Leglaine no tenía el mismo aplomo mientras subía al piso de su vecina; y si no hubiese temido las burlas de Prudencia, habría dado media vuelta y regresado á su casa. Oprimió el timbre, cuyo claro retintín resonó en el fondo de su alma, y sin darle tiempo para pensar cómo formularía su petición, abrióse la puerta y apareció en ella la señorita Tabaret, cubierto el cuerpo con un sencillo peinador de lana y el cabello algo en desorden, lo que en nada disminuía su real distinción.

A las excusas que turbado y balbuciente formulara Octavio, contestó ella:

—Nada de esto, caballero; no me molesta usted en lo más mínimo. Yo soy, por el contrario, quien ha de pedir á usted perdón por recibirle en este traje.

Hízole entrar en la salita en donde daba sus lecciones, descorrió un poco las grandes cortinas de la ventana y le invitó con un ademán á tomar asiento en una butaca, mientras ella se sentaba en el taburete del piano. Su busto erguido, su perfil de una regularidad perfecta, su nariz delgada y recta, se destacaban con pureza vigorosa; sus grandes ojos negros iluminaban el rostro de tez mate, que con las líneas casi imperceptibles de la frente y el pliegue de la barba, tenía ese encanto enternecedor de la belleza que va á sufrir las primeras acometidas de la edad.

Hasta entonces, Octavio había mirado á su vecina muy distraídamente; pero en aquel momento, al verla tan de cerca, sorprendióse de verla tan distinta

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

de aquella que, en sus poco frecuentes encuentros, sólo le había dejado una impresión de retraimiento y de reserva afectada.

—Señorita, dijo al fin comprendiendo que debía explicar sin más tardanza el objeto de su visita; aquí tiene usted á un hombre en extremo perplejo. ¿Cómo decir á usted?.. Hoy es la fiesta de los Reyes y ya conoce usted la antigua costumbre. Me han enviado una torta, pero estando solo en la mesa, ¿cómo puedo cumplir el rito?.. Afortunadamente, Prudencia ha venido en mi ayuda diciéndome que invitara á usted, y yo vengo á suplicarle, señorita, que me haga usted el honor de venir, después de almorzar, á comer la torta en mi compañía, si esta invitación, hecha con el mayor gusto, no ha de ofender á usted.

Un leve rubor cubrió la frente de la señorita Tabaret, quien, dominando su emoción, respondió:

—¿Por qué había de ofenderme? Pero mi negativa tampoco podrá ofender á usted, puesto que la invitación de la invitación ha partido de Prudencia.

Octavio sintió el alfilerazo y comprendió su torpeza.

—Perdone usted, señorita; en realidad no debiera haber mezclado á Prudencia en este asunto.

Mostrábase tan turbado, que la señorita Tabaret hubo de conmoverse y se arrepintió de su ironía.

—Su invitación, dijo, me halaga mucho, pero...

—¡Ah! Ya veo que se ha ofendido.

—No, caballero, aseguro á usted que no.

—Demuéstrelo usted aceptando.

—Pues bien, sí; acepto, respondió la profesora sonriendo.

—¡Ah, gracias, señorita! Prudencia no me había engañado al ponderarme la indulgencia y la bondad de usted. ¡Ea! Ya vuelvo á traer á colación á Prudencia. Me retiro, porque temo que, de continuar hablando, cometería alguna nueva torpeza... Hasta luego, señorita.

Después de haberse inclinado profundamente, Octavio Leglaine se despidió y bajó precipitadamente la escalera.

Mientras Prudencia se apresuraba á despejar la mesa y á traer, con la tradicional botella de vino blanco, los platos de postre, Leglaine, presa de viva impaciencia, no cesaba de dar vueltas alrededor de la mesa, asombrado de haber obedecido tan fácilmente en aquella ocasión á la sugestión de su criada, que, con la sonrisa en los labios, lanzábale, al pasar, furtivas miradas de soslayo.

Llamaron á la puerta y Prudencia corrió á abrirla.

—Buenos días, señorita; entre usted, entre pronto, que el señorito se consume esperándola.

¡Diantre de Prudencia! ¿No habría medio de que frenase su lengua?

Octavio Leglaine, que había recobrado su aplomo, hizo con la mayor amabilidad los honores de su casa. En plena luz, en el claro comedor, la señorita Tabaret, lejos de perder ninguno de sus atractivos,

parecía más graciosa y seductora aún que en la penumbra discreta de su salita.

Estaban sentados frente á frente y mientras hablaban observábanse á hurtadillas. Encima de la mesa, la torta, con su costra tostada y apetitosa, esparcía su perfume; y en la chimenea ardían los leños alegremente. Poco á poco, al embarazo de los primeros momentos, sucedía la confianza; sin ellos

—Me parece que me ha tocado á mí, exclamó casi en el mismo instante la señorita Tabaret. Pero ¡vaya un haba! ¡Si es una sortija!

—¡Una sortija!, exclamó Octavio.

Y los dos, cruzando una mirada de sorpresa, palidieron. Hubo un largo silencio, que rompió Octavio.

—Sea quien fuere la persona que me ha enviado esta torta, creo adivinar su pensamiento..., lo adivino tan bien, señorita, que pido á usted permiso para cerciorarme de si esa sortija..., esa sortija tan sencilla, se ajusta al dedo de usted.

La señorita Tabaret, temblorosa de emoción, presentóle su mano fina, pálida, bajo cuya delicada piel destacábase la azulada red de sus venas, y él, con infinitas precauciones, deslizó en su dedo el modesto anillo. Y como si al sentir palpar aquella mano en la suya le hubiese invadido una súbita embriaguez, exclamó con una exaltación que hacía temblar su voz:

—¿Por qué no ha de conservar usted en su dedo esa sortija hasta tanto que yo le ofrezca otra... la de nuestros desposorios?

Ella no contestó, pero brilló en sus ojos una lágrima y á sus labios asomó una tierna sonrisa; y aquella sonrisa, que llenó de loca alegría el corazón de Octavio, parecía decir que la sortija permanecería en el dedo y no saldría más de él.

—¡Ah, señorita..., señorita!..

—Antonieta, murmuró.

—¡Qué nombre tan lindo! ¡Y cuán bien le sienta á usted!

La señorita Tabaret habíase levantado. ¿Qué tenían ya que decirse? ¿No se habían ya comprendido? ¿No estaban, acaso, sus almas enlazadas ya por toda la vida?

En el momento en que ella iba á traspasar el umbral de la puerta, él le cogió la mano y atrayéndola hacia sí, murmuró:

—¡Cuán ciego he sido hasta ahora! Pero mi cariño sabrá reparar el tiempo perdido.

De nuevo sonrióse Antonieta, y desasiéndose de los brazos que la enlazaban, deslizóse hacia la puerta y desapareció.

Tenía prisa por estar sola y poder al fin recoger sus impresiones.

Prudencia, á la entrada de la cocina, enjugábase los ojos; aquello fué un rayo de luz para Octavio Leglaine.

—Prudencia, dijo éste; todo lo he adivinado. Usted ha sido la que...

—Se ha dejado usted coger en mi trampa, señorito Octavio. En adelante no dirá usted que soy una vieja chocha que no sabe lo que hace. Ya es usted dichoso como un rey, lo que está muy en su lugar en un día como el de hoy, y á mí me lo debe... ¡Y ni siquiera me abraza usted!

La buena mujer lloraba y reía á la vez. Octavio cogió entre sus brazos á la humilde criatura que le había consagrado su vida y estampó un beso en su rostro surcado de arrugas.



Un serrano de antaño, cuadro del conde de Aguiar

darse cuenta, y movidos por un vago deseo de expansión, su coloquio iba haciéndose confidencial: él mostrábase tal cual era, indolente, voluble, tomando la vida por su lado bueno y sin preocuparse con el porvenir gracias á su pequeña fortuna; ella maltratada por las durezas del destino, habiendo conocido horas difíciles después de la muerte de los suyos, pero ahora calmada, serenada, sin pesares, consagrada por entero á sus discípulas.

Prudencia, que desde la cocina no perdía una palabra de aquella conversación, entró bruscamente en el comedor.

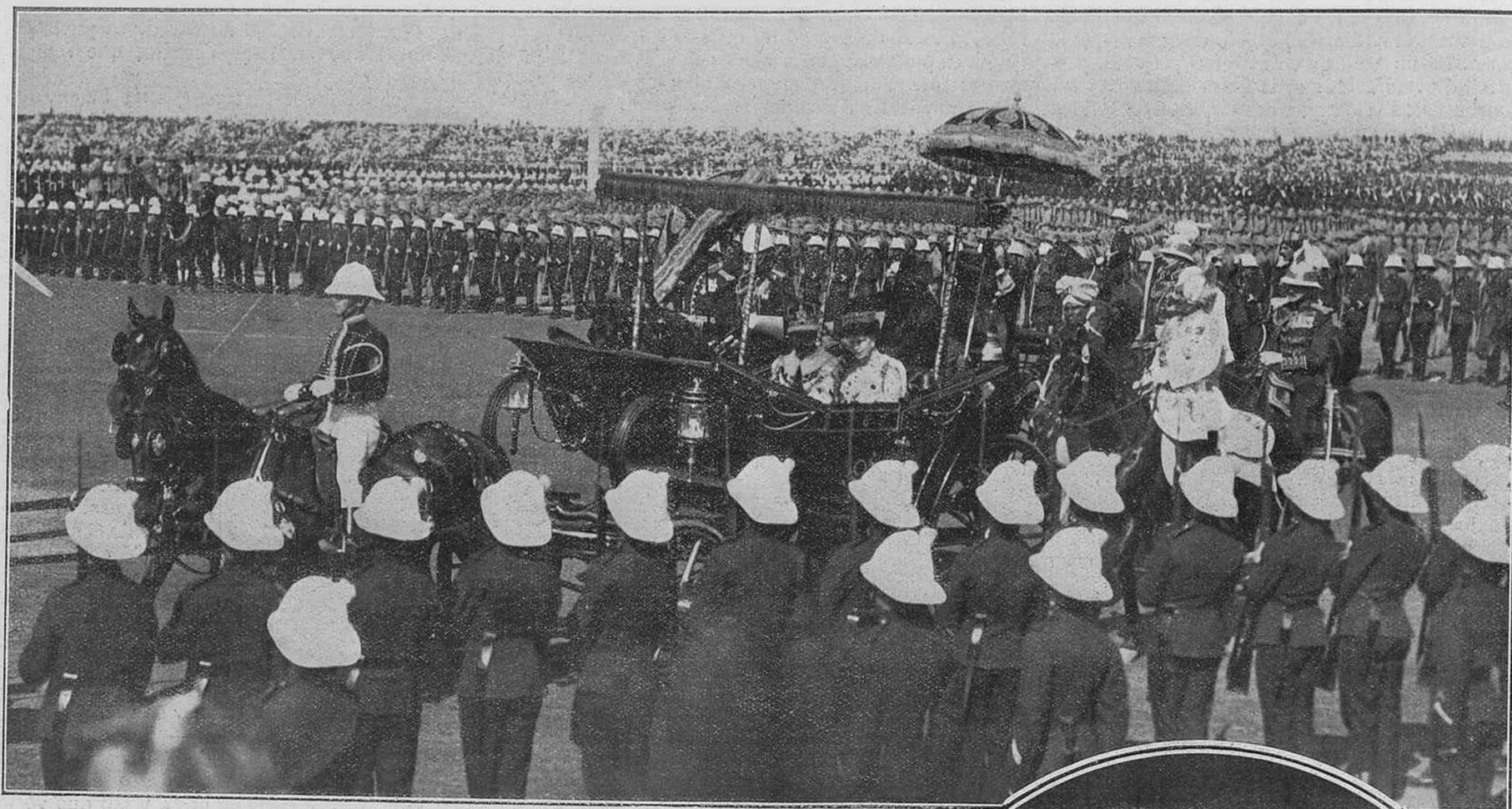
—Se olvidan ustedes de la torta, exclamó alzando los brazos al cielo.

La señorita Tabaret se sonrió.

—No haga usted caso, dijo Octavio sonriendo también. Prudencia se ha arrogado todas las prerrogativas y yo se lo tolero todo; la recibí en herencia, y forma, por decirlo así, parte de mi ajuar. Sirvió á mis padres durante veinte años y ahora me sirve á mí. Todas esas cosas que hace le parecen naturales, y con sus vivezas de lenguaje y sus aires gruñones que á veces adopta para sacarme de mis casillas, es un ángel de felicidad y de abnegación.

En el entretanto había partido la torta.

—Permítame, señorita, dijo sirviendo un trozo á su vecina. ¿A ver á quién de los dos tocará el haba?



Llegada de SS. MM. el rey Jorge y la reina María al anfiteatro en donde se celebró la ceremonia de la proclamación



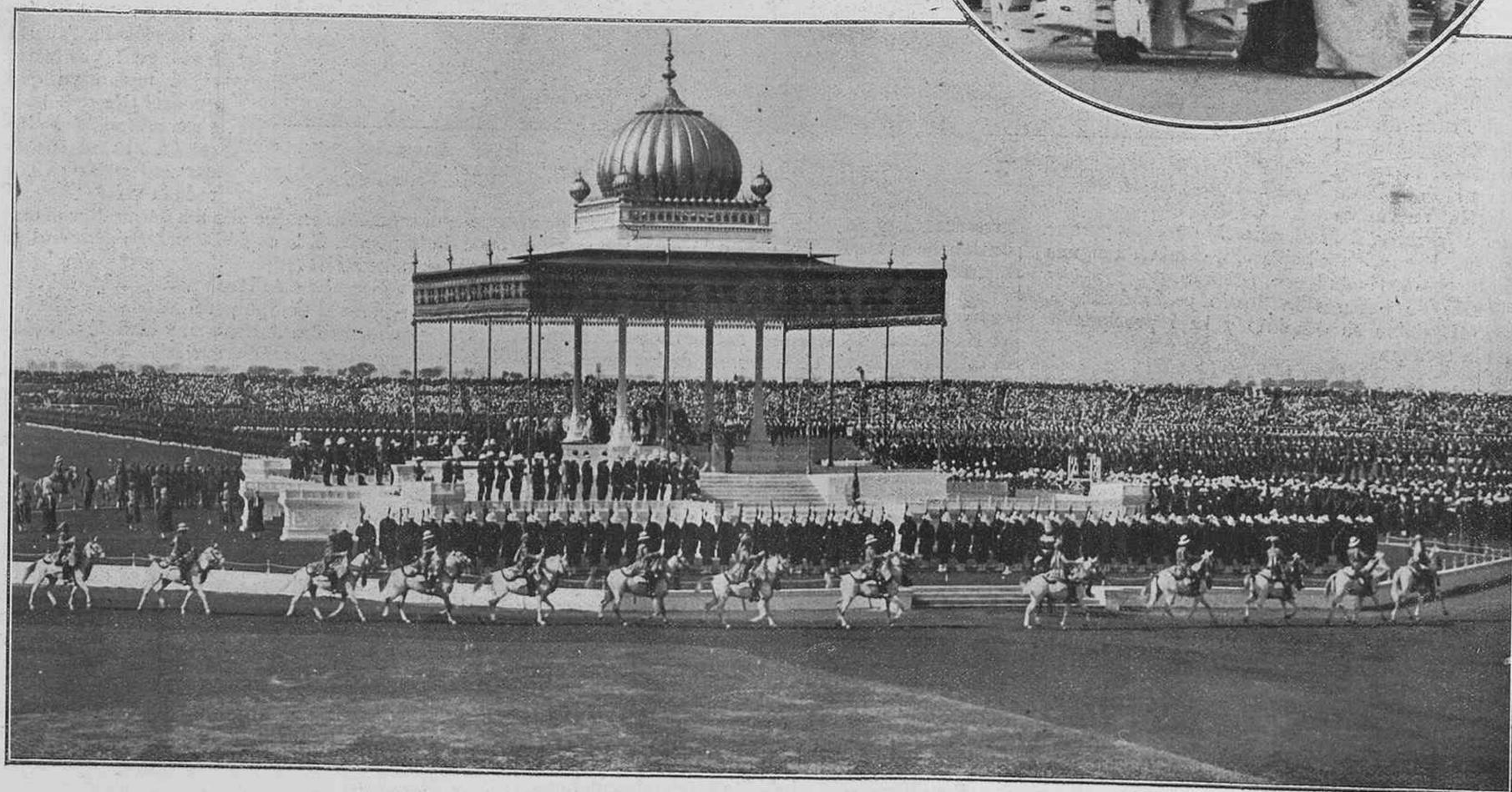
De todas las ceremonias efectuadas en la India con motivo de la visita hecha por los soberanos ingleses á los súbditos de aquel imperio, la más grandiosa é importante ha sido la del *Durbar*, ó asamblea magna, celebrada en Delhi para la proclamación de Jorge V como emperador.

En una llanura inmediata á la citada capital elevábanse dos anfiteatros, uno para el público, capaz para 60.000 espectadores, y otro, de más reducidas dimensiones, destinado á los príncipes reinantes, á los gobernadores de provincia, á los altos funcionarios ingleses y á los huéspedes ilustres. En el centro, alzabase un suntuoso templo y dentro de él un magnífico trono de oro y pedrería.

La llegada de los soberanos fué un espectáculo deslumbrador. Recibidos en el pabellón imperial por el virrey lord Hardingue, mientras aquella masa inmensa de público entonaba el *God save the King*, fueron luego conducidos al trono. El virrey leyó la proclamación, documento importantísimo desde el punto de vista político, en el cual se anunció la designación de Delhi como capital del imperio indio, la separación de la Bengala oriental del Assam, que en lo sucesivo formarán dos gobiernos distintos, y la concesión de un millón y medio de libras esterlinas para la instrucción popular.

Después Jorge V pronunció un discurso de salutación á sus feudatarios y súbditos de la India, impetrando el auxilio de la divina Providencia para asegurar la dicha y la prosperidad de sus pueblos.

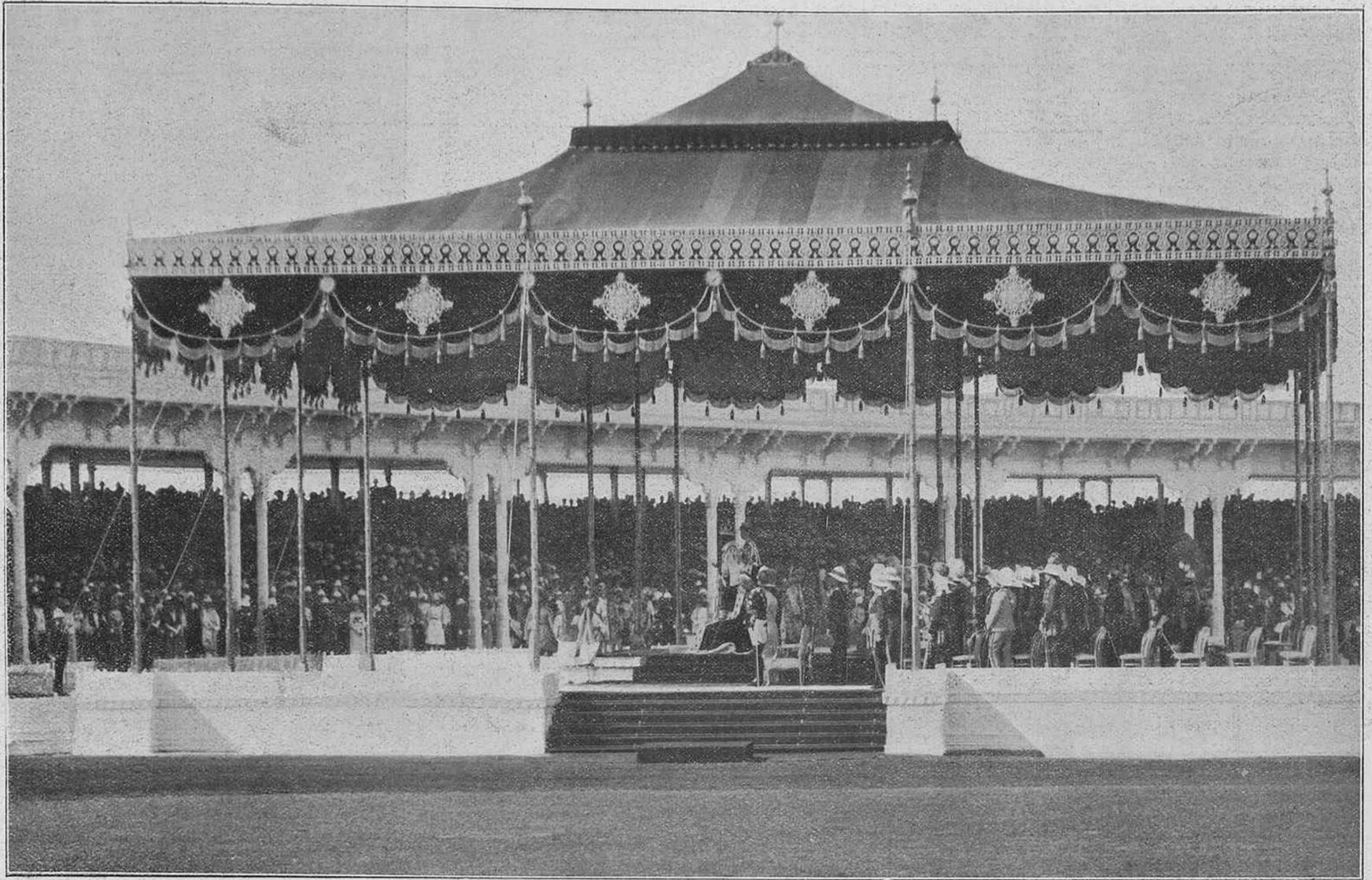
El *Durbar* de Delhi resultó un acto imponente por su significación política y en su aspecto pintoresco constituyó una fiesta de una riqueza y de una magnificencia dignas de las maravillosas narraciones de *Las mil y una noches*. De ello dan idea las interesantes fotografías que en esta página y en la siguiente reproducimos.



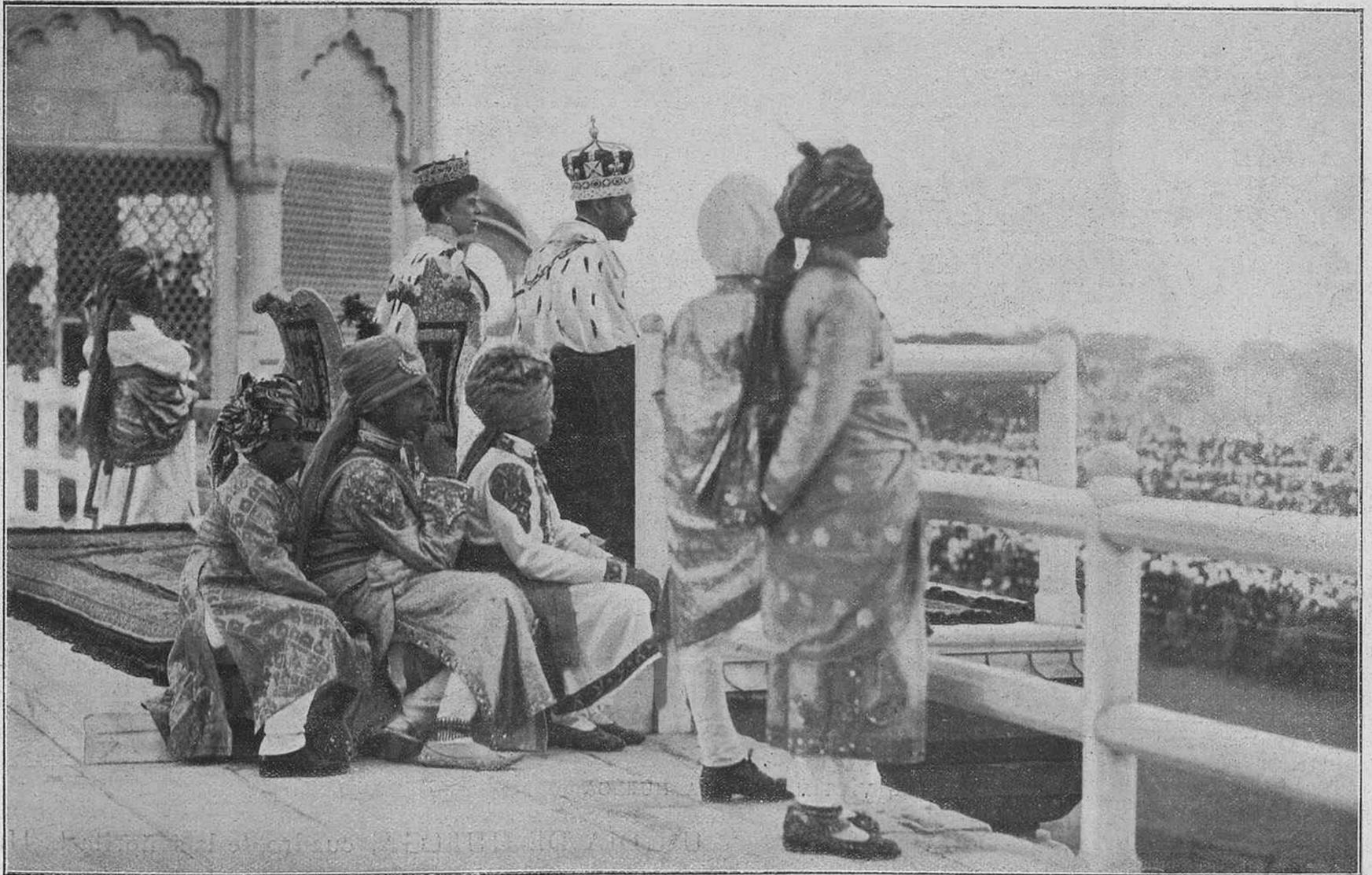
Los heraldos desfilando alrededor del trono antes de la proclamación.—Los soberanos presentándose á sus súbditos indios después de la proclamación

LOS REYES DE INGLATERRA EN LA INDIA.—EL DÚRBAR DE DELHI

(Fotografías de L. N. A. Staff Photographer.)



S. M. el rey Jorge V leyendo el mensaje de salutación al pueblo indio



SS. MM. saludando al pueblo después de la ceremonia de la proclamación



LAS VÍCTIMAS DE LA HUELGA

EL ASALTO DE LA FÁBRICA

CONSECUENCIAS DE LA HUELGA

UN DÍA DE HUELGA, cuadro de la señorita L. Humbert-Vignot, premiado con medalla en el Salón de los Artistas Franceses de 1911

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

MADRID

EL BAUTIZO DE LA INFANTA DOÑA MARÍA CRISTINA

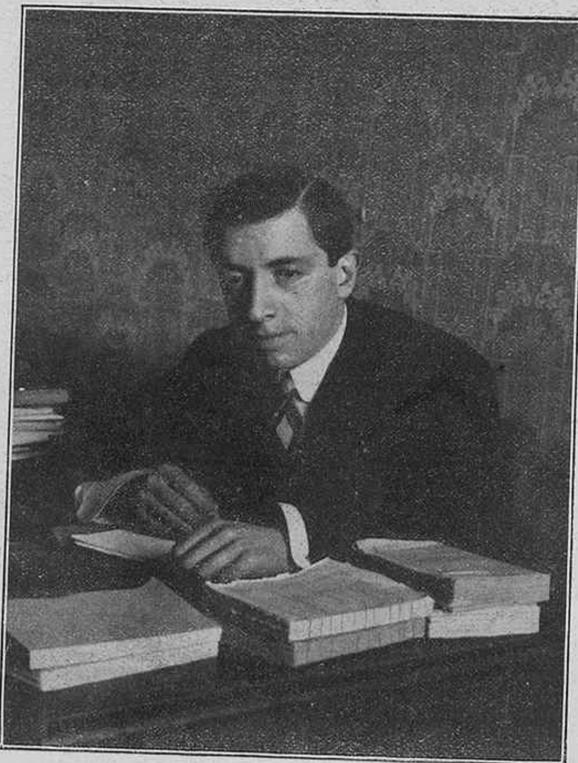
Con la solemnidad y pompa características de las fiestas de la corte española, efectuóse el día 23 del pasado diciembre el bautizo de la infanta Doña María Cristina.



Madrid.—La familia real y el embajador de Rusia después del bautizo de la infanta Doña María Cristina. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

La Capilla Real ofrecía un aspecto brillantísimo antes ya de la entrada de la corte, viéndose ocupadas las respectivas tribunas por las damas de la Reina, por el Cuerpo diplomático, por el Gobierno, por los presidentes de los Cuerpos Colegisladores y por las representaciones de los más altos cuerpos del Estado.

A las doce salió de las habitaciones de S. M. la comitiva regia: un mayordomo de semana, dos ujieres de saleta, los



El eminente poeta Francisco Villaespesa, autor de *El Alcázar de las Perlas*, drama estrenado con grandísimo éxito en el teatro de la Princesa, de Madrid, por la compañía Guerrero Mendoza. (Fotografía de Asenjo y Salazar.)

mayordomos de semana, los Grandes de España, los reyes de armas, los siete gentileshombres portadores de las insignias del Bautismo, el pronuncio apostólico, el arzobispo de Toledo, el infante D. Fernando, el príncipe Raniero, la infanta recién nacida en brazos de su aya, y su madrina la infanta Doña María Teresa, el embajador de Rusia, testigo en representación del emperador, S. M. el rey, S. M. la reina Doña María Cristina, la princesa Beatriz y las infantas Doña Isabel y Doña Luisa.

En la ceremonia del bautizo ofició de pontifical el obispo de Sión asistido de varios capellanes de altar. Terminado el acto, púsose en marcha la comitiva para regresar á las habitaciones de S. M.

D. FRANCISCO VILLAESPEA

Con grandísimo éxito se ha estrenado hace poco en el teatro de la Princesa, de Madrid, la leyenda trágica en verso *El Alcázar de las Perlas*, primera producción dramática del inspirado poeta Sr. Villaespesa.

El argumento puede resumirse en pocas palabras. Arkunz,

arquitecto del rey Alhamar de Granada, ha logrado tras de grandes fatigas trazar los planos del maravilloso palacio que aquél se propone construir en la Colina Roja; pero Abu-Iskae, que odia al arquitecto porque es el preferido de la hermosa Sobeya, á quien él también ama, logra apoderarse del plano y matar á su autor. Sobeya, ansiosa de venganza, entra en la fortaleza en donde Abu-Iskae se ha hecho fuerte, fingese enamorada de él y le hiere de muerte y le arrebató el plano, que arroja á los sitiadores del castillo mientras se dispone á morir, orgullosa de su triunfo.

El principal encanto de *El Alcázar de las Perlas* está en su versificación fluida, armoniosa, abundante en hermosas imágenes. Todos los críticos convienen en que es obra digna de la fama de excelso poeta de que justamente goza el Sr. Villaespesa.

MONUMENTO AL CAPITÁN MELGAR

Con asistencia de S. M. el rey, del presidente del Consejo de Ministros, de las autoridades civiles y militares y de gran número de generales se ha inaugurado recientemente en Madrid el monumento erigido en la Plaza de Oriente á la memoria del capitán Melgar que murió heroicamente en Melilla, en la acción del barranco del Lobo, de 27 de julio de 1909.

El monumento consiste en un pedestal de tres metros de altura sobre el que se asienta el busto de Melgar; en la parte inferior, junto al escudo de España, se ve un soldado en traje de campaña ofreciendo un ramo de laurel al héroe. La inscrip-



Barcelona.—Firma del acta de cesión por el Ayuntamiento al Estado del solar de la Granvía A de la Reforma en donde ha de construirse la nueva Casa de Correos. (Fotografía Merletti.)

ción dice simplemente: «Al capitán Melgar.—Melilla 1909» En el acto inaugural, el comandante de Estado Mayor señor Sabater pronunció un sentido discurso.

Después de unas elocuentes palabras del ministro de la Guerra, S. M. descubrió el busto, al pie del cual se habían depositado numerosas coronas.

BARCELONA.—TOMA DE POSESIÓN DEL SOLAR

PARA LA NUEVA CASA DE CORREOS

Efectuóse este acto el día último del pasado diciembre y á él concurrieron el gobernador civil, el alcalde, los concejales Sres. Mir y Miró, Carreras Candi y Marial, el jefe de Correos de esta ciudad, el inspector regional de Telégrafos y el secretario del Ayuntamiento, que componen la junta para la construcción de la nueva Casa de Correos, representantes del Banco Hispano Colonial y otras distinguidas personalidades. Desde el Gobierno Civil se dirigieron los mencionados se-



Madrid.—Monumento al capitán Melgar, muerto heroicamente en Melilla en la acción del barranco del Lobo (1909). Es obra del Sr. González Pola y ha sido recientemente inaugurado por S. M. el rey. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

ñores al solar de la Granvía A de la Reforma, en donde ha de construirse el proyectado edificio, y después de haber recorrido el terreno, el secretario del Ayuntamiento dió lectura del acta de medición y reconocimiento del solar y de entrega del mismo por el Ayuntamiento al Estado, acta que firmaron todos los presentes. Después pronunciaron elocuentes discursos el presidente de la Comisión de Reforma y el gobernador civil.

El solar destinado á la Casa de Correos mide 4.307 metros cuadrados y su valor es de 2.280.480'44 pesetas.

Próximamente se publicarán las bases del concurso para la construcción del edificio, que se convocará oportunamente. El Estado destina á esta obra 2.180.515'76 de pesetas.

LA NOVELA DE UNA CREYENTE

ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETTE. — ILUSTRACIONES DE FRANCISCO SARDÁ. (CONTINUACIÓN.)



Tomó unas tijeras de su estuche y se instaló cómodamente en un sillón

Y su risa temblona de viejecitos me hace daño.
—Fina se ha vuelto á su lencería, digo fingiendo mirar en torno mío. Es hora de que me vaya, y quiero verla otra vez antes de partir.

Corro hacia la casa.

La Fina, con aire pensativo, ha reanudado su tarea de humedecer su ropa. Es evidente que su espíritu trabaja y que yo soy objeto de su preocupación, yo que embargo sus más profundas afecciones, la que tuvo por mi madre y la que me tiene á mí.

Al verme sola, me dijo en seguida:

—Pues bien, tesoro mío, yo no soy del parecer de su papá, yo la encuentro cambiada y enflaquecida.

—Te aseguro que no..., no lo he notado en mis vestidos.

—No tengo más que sesenta y tres años, señorita, digo señora... y supongo que no tengo todavía ojos de topo... ¿Está usted contenta, al menos? ¿Es bueno con usted?

—¡Oh!, ¡ya lo creo!, digo yo, mientras mi rostro se cubre de un súbito rubor.

—Menos mal... porque ¿ve usted, señora?, yo que he visto tantas cosas en las familias en que voy á trabajar desde hace cerca de cincuenta años, sé que, á menudo, al principio, la cosa no anda del todo bien.

—¿De veras? ¿y por qué?, pregunto yo, destru-

yendo maquinalmente la simetría de los pañuelos que acababa de colocar delante de mí.

—Porque se necesita algún tiempo para ponerse de acuerdo; pero eso pasa pronto; el uno se acostumbra al otro y no tardan en quererse.

—¿Sucede eso con frecuencia, Fina?

—Con mucha frecuencia, pero ya he dicho que dura poco.

—¡Ay viejecita de mi alma!, exclamo con emoción.

Le cojo la cabeza con ambas manos, sin parar mientes en si le arrugo su hermoso gorro bordado, objeto de su inocente vanidad, y beso su arrugada cara, cuya fealdad se metamorfosea á los ojos de todos los que conocen el alma encerrada en su cuerpo de viejecita.

Con su experiencia, su tacto, su buen sentido, la maravillosa adivinación de su corazón, me ha dicho las palabras que podían tranquilizarme y hacerme bien. Sabe igualmente, con seguridad, que basta muy poco para aligerar el peso de un espíritu joven y confiado.

Al volverme á mi casa, pienso que la Fina tiene razón, que, evidentemente, no conociendo yo aún el carácter de mi marido, me hallo más desorientada por lo desconocido que por realidades.

Al llegar á Roche-Plata, estaba alegre y ya no pensaba sino en mis esperanzas.

Delante de la casa, mi marido y su amigo me esperaban. En mis efusiones con los míos, se me ha-

bía ido rápidamente el tiempo y llegaba tarde. Luis me recibió con un fruncimiento de cejas que me inquietó. Se acercó á la portezuela del carruaje, no para ayudarme á bajar, sino para decirme en voz baja, en un tono tan duro que me precipitó en el espanto:

—¿En qué piensas para volver tan tarde? Es ridículo, sabiendo que tienes convidados.

—Lo siento, balbuceé; es una falta; pero excusable en las circunstancias...

—Que no vuelva á sucederte, Genoveva.

Su tono autoritario me hubiera sublevado si no me hubiese encontrado literalmente aterrada. Así reconfortada, salté del carruaje, y Luis me presentó al Sr. Marién, cuyo aire amable me ayudó á salir del estado lastimoso en que yo y mi valor habíamos sucumbido de pronto.

—Siento mucho no haberme encontrado aquí á su llegada, le dije tímidamente; pero hacía tanto tiempo que no había visto á mi padre, que se me fué la hora.

—Sentiría lo contrario, señora, me contestó con voz expresiva y simpática; su puesto estaba allí, y soy yo el que debo excusarme por haber cedido desde hoy á las instancias de Luis.

Esta contestación, que contrastaba con las palabras de mi marido, me causó tanto placer, que espontáneamente le tendí la mano, como á un antiguo conocido.

III

Era un hombre de unos treinta y cinco años, con ademanes algo torpes á pesar de estar acostumbrado al trato social, y cuyo rostro había sido modelado por una mano tan torpe como la suya. Él mismo se reía de su fealdad y de su torpeza, que era proverbial. Pero nada más simpático que su carácter bonachón, su abandono sin familiaridad y su bondad tan proverbial como su torpeza.

En el momento en que, al retirarme para quitarme el sombrero, cerraba yo la puerta, exclamó:

—¡Enhorabuena, Onelle! Tu mujer es encantadora. ¡Qué cara tan original! Tiene unos ojos maravillosos y...

No of la continuación ni la respuesta de mi marido, pero la idea de que se sentiría halagado por el entusiasmo del Sr. Marién, me reanimó, y durante la comida, me esforcé en ser yo misma, lo cual no me había sucedido desde hacía seis semanas, pues el sistema refrigerante á que me hallaba sometida no ha tenido nunca por resultado el dilatar la naturaleza humana.

Después de la comida, Luis acompañó al señor Marién, y le esperé sentada en el jardín. La tranquilidad de aquella noche me lanzaba á una corriente de impresiones que quería compartir con él. Cada cosa me hablaba del amor que yo había dado, que se sentía ahogado y que, sin embargo, no deseaba más que una palabra para tomar su libre vuelo.

A medida que los minutos transcurrían, me sentía penetrada de una emoción profunda y dulce.

—¡Qué noche tan deliciosa!, mi querido Luis!, exclamé cuando volvió á mi lado. Nunca me sentí tan inclinada á decirte...

Pero la nube no se había disipado todavía; su aire frío me detuvo en la pendiente de la expansión, y perdiendo súbitamente mi impulso, volví á mi angustiosa timidez:

—Siento mucho haberte contrariado; olvidemos eso y...

Le cogí la mano, y la ternura de mi gesto acabó la frase; pero no pareció notarlo ni comprender que mi corazón rebotaba y no tenía más que un deseo: el de echarme en sus brazos.

—Es bastante extraño, Genoveva, lo que te has permitido hacer hoy.

—¿Lo que me he permitido?... dije asombrada, dejando caer su mano con desaliento.

En aquel momento, pasó muy alta una bandada de chorritos. Sus gritos agudos, aunque atenuados por la distancia, rompieron el silencio de la noche. Parecióme que tenían un acento triste y burlón que saludaba con ironía la pérdida de esperanzas humanas.

—Sin saber si la cosa es de mi agrado, sin pedirme nada, haces enganchar y te vas á pasar toda la tarde no sé dónde.

—Desde luego, bien sabes dónde, dije empezando á impacientarme. Después, ¿qué mal ves en que yo haya ido á abrazar á mi padre?

—El mal está en no haberme pedido la autorización para nada; ya has debido comprender que no quiero mucha independencia.

—La quieres al menos para ti, dije tan resentida, que mi timidez y mi temor habituales desaparecieron.

—Es diferente, no cambies la cuestión. Procura comprender que tu marido es el amo en toda circunstancia.

—Y tú, dije irritada, procura comprender que te casaste con una mujer seria y razonable que no puede soportar que se la trate como si fuera una chiquilla.

Era la primera vez que le contestaba en este tono: el efecto fué desastroso.

—Genoveva, exclamó en un arranque violento de cólera, no me hables nunca así, si no...

—¿Si no qué?, dije retándole.

Pero la idea de que me precipitaba á la desgracia cruzó por mi mente y me causó un dolor tan vivo, un espanto tal, que mi cólera cayó. Sin reflexión, cediendo al impulso de mi corazón, me eché en sus brazos diciendo:

—¡Oh, Luis!, ¿así es como deberíamos ser después de tan poco tiempo de matrimonio? ¿No me amas, por ventura? No deseo más que darte gusto, bien lo sabes, pero no me desalientes, no te enfades por nada.

Después de un poco de vacilación, se suavizó y me contestó tranquilamente:

—No hablemos más; pero nada de escenas de ternura, Genoveva, te lo suplico.

Antes de retirarme, permanecí sola un instante en la puerta, pidiendo al aire puro, á los perfumes exquisitos, á las bellezas de la noche, por qué su poder misterioso no obraba sobre el corazón de mi marido como sobre el mío.

¡Qué trabajo me tomé en las semanas siguientes para acabar de organizar la casa completamente á su gusto! Jamás mujer alguna, ansiosa, meditó más largamente ni con más cuidado las menores disposiciones materiales, y jamás mujer alguna obtuvo, sin duda, menos éxito que yo. A falta de otro genio, Luis tenía el de la crítica.

—Un poco de paciencia, pensaba yo; aun no conozco todos sus gustos, pero ya llegaré á mis fines.

Sin embargo, me veía con frecuencia desanimada, y aquella censura sin cesar renovada, y á menudo con tan poco fundamento, hubiera fatigado mi buena voluntad sin mis veinte años que nunca se cansaban de renacer á la esperanza. Cuando había obtenido una palabra ó una mirada casi amable, mi corazón saltaba, y yo olvidaba las tirantezas, las importunidades y triquiñuelas que eran para mi carácter un motivo perpetuo de asombro y de derrota moral.

¿Era con intención?, ¿era simplemente torpeza? El caso es que Luis con frecuencia profería palabras de esas que suprimen la confianza que una mujer joven y tímida trata de tener en sí misma.

Un día, en plena reunión de vecindad, la emprendió contra las beldades morenas—en el salón yo era la única de este color nefasto,—y sostuvo que sólo le gustaban las rubias. La frase, naturalmente, fué dicha en broma, y quizá hice mal en darle importancia; pero Luis tenía antecedentes, y por la tarde, al peinarme, miraba yo con abatimiento mi tez morena y mis cabellos negros cuya longitud y espesor admiraban aquellos viejecitos que tanto me querían, allá, en aquel borroso pastel tan distante de la vida real.

Después de haberme dormido llorando, soñé que se habían vuelto súbitamente rubios, de un rubio ceniciento delicioso; que ligeros, en desorden, gustaban á mi marido, quien contentísimo de la metamorfosis, me daba al fin uno de esos besos apasionados con que á menudo soñaba yo despierta, y aquel beso daba principio á una era nueva en mi vida de mujer.

En el salón había una gran abertura desde la cual yo dominaba el río, que era ya mi amigo. En aquel sitio favorito, pasaba largas horas solitarias. Ni mi aguja ni mi pincel me impedían ahondar, y ahondar siempre más la cuestión que me preocupaba.

—¿Me quiere? ¿Por qué me deja tan á menudo sola? ¿Pero por qué no había de quererme? ¡No soy fea!

Invariablemente, deteniéndome en esta última reflexión, iba á mirarme á un espejo á fin de comprobar que no me engañaba, examinando imparcialmente cada detalle de mi cara irregular, la gran boca que tan fácilmente sonreía sobre unos hermosos dientes, mis cejas muy marcadas que no daban ninguna dureza á mis ojos negros que siempre había oído calificar de maravillosos. Inmensos, algo hundidos en la órbita, tenían una expresión profunda y reflejaban mis múltiples impresiones. ¡Si él hubiese querido, qué de cosas le hubieran dicho estos expresivos ojos!

Ni mi padre ni mis amigos sospechaban mis preocupaciones. Iba á verlos con frecuencia, cuando mi esposo me daba su permiso para hacerlo, pero ellos venían raramente á mi casa, de lo cual daba yo gracias á Dios, pues temía que alguna borrasca ó falta de atención les hiciese presentir la verdad.

La Fina, á quien yo enviaba á buscar cada ocho días, á fin de que tuviese el gusto y el orgullo de planchar la ropa de la casa, observaba la situación con sus viejos ojos atentos y, con mucho trabajo, respetaba hasta cierto punto el silencio que yo aun guardaba. ¿Qué le hubiera dicho? Tenía mis dudas, pero también mis momentos de confianza: una palabra, la más ligera caricia me hacía creer en su amor y aceptar todas las asperezas de un carácter que me asombraba.

El Sr. Marién era, de nuestros vecinos de campo, el que veíamos con más frecuencia. En seguida había sentido yo por él una verdadera amistad, y aquellas buenas relaciones, á que las circunstancias daban bastante intimidad, me eran muy gratas. Cuando aquel gran Marién, de cuerpo algo pesado, mal vestido, llegaba con su fisonomía amable, se sentaba cerca de mi mesa y cogía algún pequeño objeto que sus manos distraídas no tardaban en romper, experimentaba yo esa sensación de bienestar moral que causa la presencia de un ser á quien sabe uno que es simpático.

Había estudiado medicina y se divertía dando consultas á todas las gentes de los contornos.

—No hago ninguna visita que no me cueste cinco ó más francos, me decía seriamente. Con mis distracciones, con mis movimientos demasiado bruscos, no voy á casa de un campesino sin romper algún objeto. Creo que los muy ladinos ponen á mi alcance toda

su vajilla á fin de que se la pague con creces después de haberla deteriorado.

Sin cesar discutíamos muy cordialmente; y aunque no tuviésemos las mismas ideas, no ofendía nunca mis creencias más arraigadas, como hacía Luis á menudo. Inteligente, muy amigo de la independencia, aficionado al movimiento y sobre todo á viajar, partía á á veces de pronto, y, durante meses, y aun durante años, andaba por el mundo, para volver luego á enterrarse en su finca que lindaba con la nuestra.

Cuando llegué á Roche-Plata, hallábase nuevamente poseído de su antigua pasión por el campo y hablaba de llevar en adelante una tranquila vida de ermitaño.

Todo el mundo le trataba con una *sans façon* y una familiaridad que divertía á su carácter benévolo.

—Héteme clasificado en la categoría de los solterones sin consecuencia, me decía riendo.

Sus ojos, muy observadores é inteligentes, no habían tardado en notar mis perplejidades crecientes ante un carácter que yo no comprendía aún. ¡Cuántas veces su ingeniosa bondad pulió la amargura de frases mortificantes, y cómo, en su excelente corazón, sabía encontrar á veces la palabra que, aunque indirecta, me ayudaba á salir del apuro!

¡Luis me desconcertaba tan á menudo! Una tarde en que, por casualidad, se encontraba á mi lado, le enseñé unas flores que yo acababa de pintar á la acuarela.

—Son frescas y naturales ¿verdad?, dije en tono de satisfacción.

—No están mal, replicó estirando los brazos. Pero todo eso no vale unas buenas confituras; este es el talento que una mujer debe poseer en primer lugar.

—Ambos talentos pueden marchar juntos, dije inclinándome, sobre mi acuarela. No se hacen confituras á cada hora del día.

—No... pero se puede hacer algo útil.

—¿Qué? Cuando una casa está organizada y bien dirigida, ¿qué más hace falta?

—Algo se encuentra siempre, hija mía, dijo bostezando. No me gustan las mujeres artistas.

—¡Artistas!, repetí tratando de sonreírme; haces demasiado favor á mi ínfima habilidad de aficionada.

—Ya sabes cuál es mi opinión sobre el papel de la mujer en la vida, continuó en su tono frío y ligeramente dogmático: su terreno natural son los hijos, la colada y la cocina.

Si yo había conservado toda mi timidez cuando se trataba de manifestarle mis ideas y mis sentimientos, empezaba á replicar vivamente cuando me mortificaba. Exasperada, miré un instante hacia el jardín para calmarme antes de contestarle.

Estaba lleno de rosas de nueva florescencia, de crisantemos en pleno desarrollo, de parras encaramadas en verdes árboles que adornaban con los brillantes colores que otoño les presta.

—Debiera usted hacer arrancar todas esas flores, dije volviendo bruscamente la cabeza, y plantar en su lugar cosas útiles: patatas y zanahorias, por ejemplo. También podría hacer planteles.

—¿Qué quiere usted decir, Genoveva?

—Que eso sería á mis ojos la consecuencia natural del aforismo que acaba usted de enunciar, contesté yo vivamente.

El vino á plantármese delante, en la actitud de un dios irritado.

—No me gustan las bromas, Genoveva.

—No..., ni la lógica tampoco, contesté metiendo mi pincel en el agua y afectando mirar la acuarela que mis ojos anublados ya no veían.

Hubo un largo minuto de silencio, después del cual repuse con voz algo temblorosa:

—Cuando tenga hijos, ¡y plegue á Dios que los tenga pronto!, no será esta pobre acuarela la que me impida cumplir con mi deber. En cuanto á la colada, no siempre hay ropa que plegar, y respecto á la cocina, si ha de guisar el ama, la cocinera está le más. Habría que despedir también al cochero, á fin de que el amo cuide y enganche en persona sus caballos.

—¡Qué detestable carácter tiene usted, Genoveva!, dijo él con violencia. ¿Le he dicho á usted que tomase mis palabras al pie de la letra?

Me mordí los labios por no contestar:

—Entonces, lo más sencillo era no decirlo. Son bastante estúpidas para que no fuera preferible dejarlas en la nada.

Pero yo había visto que estaba á punto de montar en una de aquellas cóleras que me aterraban. Salió golpeando la puerta, y mis pobres flores, inundadas de lágrimas caídas de mis ojos, no tardaron en ser una masa informe.

¡Ah, aquella intimidación moral é intelectual tan deseada! Cada día se llevaba algunos restos de la es-

peranza que había hecho palpar mi corazón á mi llegada á Roche-Plate. A pesar de mis esfuerzos, ensanchábase el abismo que nos separaba; de hora en hora, por decirlo así, me hundía más y más en mis soledades. Sin embargo, cuando teníamos convidados, mi espíritu se aventuraba á salir del rincón en que permanecía transido, y agarrándome desesperadamente á la esperanza de agradaarle, me alegraba de brillar en su presencia. Por desgracia, era tenaz en sus ideas.

Un día, en el almuerzo, durante el cual yo había estado ocurriendo, el Sr. Marién, pasando revista á nuestros vecinos, me dijo:

—La señora de V... debe gustarle á usted; es el tipo de la mujer amable y de la mujer de ingenio.

—¡Bah, mujer de ingenio!, contestó Luis encogiéndose de hombros. ¿Es que realmente le gustan á usted las mujeres de ingenio?

—Vamos, Luis, no trates de hacerme pasar por un bruto á los ojos de tu señora.

—Entonces seré yo el que pase por bruto, replicó paladeando tranquilamente el licor. Confieso que soy partidario de la mujer casera, que es el ser útil por excelencia.

—No pone sus actos de acuerdo con sus axiomas, señora, me dijo Marién riendo.

—¡A cuántos les pasa lo mismo!, contesté alegremente. El Sr. Onelle, á quien le gusta el ingenio, emite una exageración para excitar el nuestro á contestarle.

Esto dicho, me levanté, contenta de que el almuerzo hubiese concluido, porque me ahogaba.

Un instante después, de codos sobre una pared baja enteramente cubierta de vides locas, que á mí me gustaban tanto y entre cuyas hojas purpúreas mis brazos desaparecían completamente, contemplaba yo á distancia el agua centelleante del río tomándola por testigo de que continuaba sin comprender á mi esposo, pero que iba á emplear mi energía en convertirme en una abominable mujer casera. Tarea tan fácil como obligar á los sarmientos á que crezcan empujados como lirios, ó hacer que las lilas se cubran de flores en otoño, ó persuadir á las ovejas de un rebaño que pasta en la pradera, de que un poco de paja es preferible á la hierba fresca.

Al día siguiente, me metí en la cocina, que puse en el mayor desorden para confeccionar un plato dulce que era mi triunfo.

La Fina, que amontonaba brasas de carbón para calentar sus gigantescas planchas antiguas, no cesaba de refunfuñar:

—¿Es este su puesto, señora? Pone usted á su cocinera de mal humor.

—A mi marido le gusta que una mujer sepa cocinar, contesté batiendo mis huevos con aire atareado.

El sol penetraba á raudales en la cocina, los utensilios de cobre centelleaban bajo sus rayos; algunas hojas caídas y azotadas por una ráfaga de viento, bailaron un instante en el umbral de la puerta abierta de par en par, y decidiéndose luego á entrar, se metieron en todos los rincones, como pequeños huéspedes maliciosos y furtivos que la escoba había de echar pronto fuera, pero que me traían una partícula del exterior y de su poesía.

Metiendo las manos en la harina, pensé en mi pretensión de convertirme en mujer casera y solté una ruidosa carcajada. Aquella mañana estaba yo alegre..., alegre de mi juventud que sentía su propia influencia, alegre sobre todo por una esperanza en extremo dulce que cada día pasado confirmaba, pero de la cual aun no me había atrevido á hablar.

—No digo que no sea bueno el saber, continuó Fina, cuyo buen sentido práctico seguía su idea. Pero puesto que tiene usted una buena cocinera ¿qué qué fastidiarla y hacer eso usted misma? ¿De qué sirve?..

—Mi viejecita, servirá si él está contento.

—¡Oh!., murmuró la Fina, los hombres á veces tienen la cabeza trastocada.

Mientras, en el entusiasmo de mi trabajo, amontonaba en torno mío el triple de los utensilios que necesitaba, oí la voz de Luis que lanzaba alegremente mi nombre á los ecos del jardín. Asombrada de aquel tono insólito, corrí á su encuentro sin tomarme el tiempo de quitarme el grueso delantal de cocina ni de lavarme las manos enharinadas.

Al llegar delante de la casa, encontré al Sr. Marién que atravesaba nuestro parque para abreviar su camino. Mi aspecto de marmitón le hizo reír, pero, en sus ojos vi un reflejo de ternura, y retuvo un segundo de más mi mano en la suya.

—¡Qué singular atavío, Genoveva!, exclamó Luis en tono de descontento.

—¡Atavío de cocinera!, dije riendo. Me has interrumpido en un trabajo de los más serios; te confeccionaba una torta, de que me hablarás mucho tiempo, estoy segura. Pero ¿qué hay?

Nunca le había visto aquel aire radioso.

—Una noticia que me alegra, contestó enseñándonos una carta que acababa de recibir por el correo. La parienta de que te hablé el otro día llega esta noche.

—¿Aquella que tiene el marido enfermo?, pregunté.

—Sí; me escribe que, llamada á Tours para un asunto, no quiere pasar tan cerca de Roche-Plate sin consagrarnos un día. Manda preparar su cuarto.

—¿Quién es?, preguntó Marién, en un tono que me pareció inquieto.

—Alina Le Seine, contestó Luis con sequedad y mirándole de frente.

El Sr. Marién no pudo reprimir un vivo movimiento de contrariedad, y, á fin de disimularla, se inclinó precipitadamente para tirar de las orejas á su perro, que empezó á aullar.

Aquella escena inquietó vivamente mi espíritu rebeloso. En mi disposición moral, tratando siempre de descubrir la explicación de los hechos que yo llamaba misterios, los menores incidentes adquirían á mis ojos una importancia absurda.

—¿Vendrá usted á comer con nosotros, mañana, verdad, Marién?, dijo mi marido en tono cohibido.

—Con mucho gusto; ya sabe usted que nunca me hago rogar, contestó Marién alegremente.

Saludóme para alejarse, pero yo anduve sola algunos pasos con él.

—¿Conoce usted á la señora Le Seine?, dije golpeando mis manos una contra otra, para sacudir la harina. ¿Qué tal es?

—No me es simpática.

—Eso no es contestarme... ¿Es guapa?

—Psé..., bastante.

—¿Por qué le disgusta á usted?

—Quizá porque no la conozco bastante.

—¿Cómo detesto á los esfinges! Pareció usted contrariado cuando Onelle le dijo á usted su nombre.

—¡Nada se le escapa á usted!, replicó sonriendo. Usted sabe que soy, á mis horas, un animal de costumbre; temo que se esté aquí algún tiempo y turbe nuestra buena intimidad.

Abrí espantados ojos al oír aquella contestación estúpida, que no era más que un fracaso.

—¿Es rubia?, pregunté mordiendo nerviosamente una brizna de hierba.

—Sí..., muy rubia.

—¡Ah!, murmuré.

—Luis ha debido decir á usted que se conocieron mucho en la infancia, añadió en tono indiferente. Son de la misma edad.

Estas últimas palabras me tranquilizaron; á los veinte años, se cree fácilmente que una mujer de treinta raya en la vejez. Sin embargo, por la noche, mientras Luis iba á buscarla á la estación, ya caí en una meditación inquieta. ¿Una prima era en la existencia de un hombre una afección tan viva, para mostrar tanta alegría á la idea de volverla á ver? Cuando la vi bajar del carruaje, fresca, en el apogeo de su hermosura, tuve que hacer un esfuerzo para ocultar mi chasco. Era tan alta como yo; su talle flexible era de una perfecta elegancia. Su tez delicada y sus cabellos rubios, de un rubio magnífico que yo había visto en mi sueño, me consternaron.

—He querido desviarme de mi camino directo para conocer á usted, prima mía, dijo besándome ligeramente.

—Bien venida sea á mi casa, señora, contesté con frialdad.

Sus ojos azules, cuya expresión yo ya detestaba, se fijaron en los míos con un aire algo burlón, y, de una mirada descarada y altiva, examinó de pies á cabeza mi débil persona.

—¡Encantadora!, dijo con negligencia á Luis, que le ofrecía su brazo. Primo, tu mujer es encantadora. ¡Qué aire tan digno y serio!

Una sonrisa acompañó el elogio equívoco, al cual contesté gravemente con algunas palabras triviales, y la conduje á su cuarto, sin perder —creo yo— mi soltura natural. ¡Sin embargo, la pobre Cenicienta no experimentó jamás igual despecho delante de sus hermanas, ni más dudas sobre sus propios encantos!

La señora Le Seine tenía una desenvoltura y un aplomo imperturbables. Sin mucho talento natural sabía asimilarse las ideas de los demás, y sus conocimientos de mujer de mundo le permitían hablar á la ligera de los asuntos más diferentes.

Luis había vuelto á encontrar de pronto esa gracia, esa amenidad de hombre de mundo, que no era más que un poco de polvo brillante. No era ya el marido cuya frialdad me helaba y cada palabra del cual paralizaba mis movimientos. Locuaz, amable, encantador, de la manera más delicada le dirigía elogios, el menor de los cuales hubiera regocijado mi corazón, y que ella aceptaba con la afectada in-

diferencia de una coqueta acostumbrada á los homenajes.

¡Qué crueles fueron para mí aquellas horas! Levantaron una punta del velo que ocultaba el misterio. Viéndome tan diferente de una mujer cuya hermosura y coquetería le cautivaban, empecé á comprender de una manera muy clara que yo no le gustaba.

Pasé la noche cavilando á propósito de la señora Le Seine, haciendo esfuerzos de memoria para recordar las menores palabras, los incidentes penosos, las dificultades que echaban tanta obscuridad en mi nueva vida que yo andaba á tientas. Cuando cerré al fin los ojos, la imaginación me tenía en su poder.

Al despertar, algo más tranquila, reprendí vigorosamente mi imaginación, y, decidiendo no dejarle abultar los hechos, resolví también no abandonarme á mí misma.

Mientras me agarraba á la razón y á la confianza, Luis entró en mi cuarto. Cogió unas tijeras de mi neceser, se instaló cómodamente en una butaca y, cortándose las uñas, empezó sobre su prima una disertación entusiasta, esmaltada de frases desagradables para su esposa.

—Deberías pedirle consejos para vestirme, Genoveva; es la elegancia personificada y tú, en eso, te pareces muy poco á ella.

Silenciosa hasta entonces, cesé de plantar horquillas en mis cabellos para volverme hacia él afectando gran sorpresa.

—¡Quieres hacer de mí una elegante!, dije, esforzándome en dar á mi voz el acento de un asombro inaudito. Entonces..., ¿y tu teoría de la mujer casera?

—Cada cosa á su tiempo, es evidente.

—Creo que la hora del puchero no llega jamás para la señora Le Seine, repliqué. Y, sin embargo, ¿quizá la apruebas?

—¡Una mujer tan fina, tan distinguida, ocuparse en pucheros!, exclamó encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no?, dije, tratando de apartar la exasperación que me asaltaba con la rapidez del rayo. ¡Esa mujer!, ¿es, pues, de una esencia diferente de la mía?

—¡Esa mujer!, replicó Luis en un tono glacial é irónico, que me asustaba más que sus arrebatos de cólera. Creo á fe que no hablarías en tono más despreciativo de una cortesana. ¡Alina es una mujer honrada, Genoveva!

Yo estaba perfectamente convencida de lo contrario, á juzgar por su actitud y por la expresión de sus ojos.

—Le tengo una antiquísima amistad, continuó Luis á quien mi silencio irritaba, y el recibimiento que le has hecho, recibimiento más que frío, verdaderamente desagradable, me ha disgustado profundamente.

—Soy franca y natural, dos defectos de que creo que no me desprenderé jamás, contesté. No he adquirido como tu prima, la ciencia de disimular mis sentimientos. Me es antipática..., y nunca, jamás me harás creer que sea propio de una mujer honrada el...

Yo acumulaba torpeza sobre torpeza, y lo comprendía; pero, llevada de mi irritación y de mis celos, no podía retener mis palabras imprudentes.

—¿Qué es lo que es impropio de una mujer honrada?, preguntó Luis en tono burlón.

—El ser una coqueta, una abominable, una horrible coqueta siendo casada, dije con lágrimas en la voz.

—¡Estás loca, mujer! No tienes ninguna experiencia de la vida, y juzgas á los demás con la rigidez de tus principios de convento.

—Tengo al menos bastante experiencia para saber que si aplico esta rigidez á mí misma, acabarás de censurarla, contesté con viveza.

—¡Bah!, continuó Luis levantando la voz, no es en tu fea casucha, en medio de esos vejesterios que te mimaban, donde has podido adquirir la experiencia de tanta cosa como te falta completamente, al extremo de que ni siquiera sabes vestir, porque vuelvo al consejo amistoso que te daba hace un instante, y que ha sido el punto de partida de esta absurda discusión.

¡Viejo hogar queridísimo en que yo era amada, en que cada cual me apreciaba por mis cualidades, y no pensaba en reprocharme las que me faltaban todavía! Cuando Luis le hizo alusión, mis ojos se llenaron de lágrimas, y me fui rápidamente á la ventana para que él no las viese.

—Haces mal en no escucharme, repuso. Alina es una mujer muy simpática, que sería para ti una amiga si quisieses.

—Sí..., pero no quiero, contesté lacónicamente.

¡Ella, mi amiga! El fondo de razón que había en mi carácter fué aún bastante poderoso para retener las palabras irritadas que acudían á mis labios. Luis no insistió y salió canturreando.

(Se continuará.)

DE MELILLA.—LOS ÚLTIMOS COMBATES EN EL KERT. (Fotografías de Antonio Rectoret.)



Vista de terrenos conquistados por nuestras tropas entre Tauriat-Zag y Ras el Medua, en donde se han desarrollado los últimos combates

Bien hacíamos, al dar cuenta en el número 1.562 de la su-
misión de numerosos jefes de las cabilas rebeldes, en decir
que no había que fiar mucho de las palabras de los cabileños.
Los hechos han venido desgraciadamente muy pronto a jus-
tificar tal desconfianza.

Desde hacía algunos días, sabíase en la plaza de Melilla,
por confidencias, que moros procedentes de territorios lejanos
intentaban realizar una incursión por nuestras posiciones avan-
zadas. En efecto, el día 22 del mes pasado, el enemigo cruzó
el Kert por Beni-Bufagar y Beni-Sidel, siendo rechazado por
las columnas de los coroneles Tomasetti y Aizpuru, que apo-
yaron el avance de la del general Ros entre Ras Medua y
Tauriat Zag, y dejando en el campo 18 muertos y un herido.
Asimismo vióse atacada por numerosos adversarios una colum-
na mandada por el comandante Sr. Los Santos que salió de
Zeluán para practicar un reconocimiento; nuestras tropas pu-
sieron en fuga á los contrarios causándoles muchas bajas. Las
nuestras en aquellas jornadas fueron un oficial y ocho soldados
muertos y un jefe, tres oficiales y treinta y dos soldados heridos.

El día 23, los moros avanzaron hacia Tauriat Zag y Yazanen
atacando la primera de estas posiciones, cuya guarnición, apo-
yada por la columna del general Carrasco rechazó brillante-
mente el ataque. Por la noche, el núcleo más importante de la
jarka repitió la agresión que prosiguió durante todo el día si-
guiente, siendo al fin rechazado después de reñidos combates
en los cuales tomaron parte, además de las fuerzas que guar-
necían Tauriat Zag, la artillería de Iz Hafen y Yazanen, las
columnas de los generales Carrasco y Ros y las de los corone-
les Serra, Aizpuru y Manzano. Nuestras bajas fueron; un jefe,

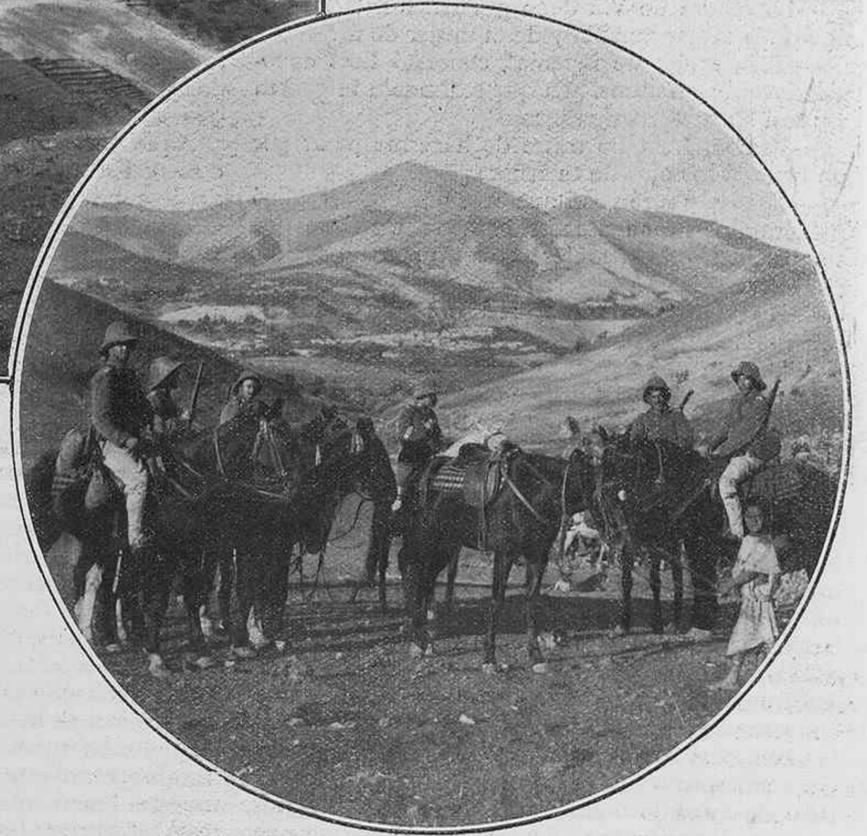
el teniente coronel Sr. Bernárdez,
tres oficiales y doce soldados muer-
tos y cinco oficiales y cuarenta y
dos soldados heridos. Las del enemi-
go debieron ser mucho más im-
portantes, si bien no pudieron pre-
cisarse porque la proximidad de
la noche impidió reconocer el te-
rreno por donde había huído.

El día 25 cinco columnas, al
mando de los generales Ros y Ca-
rrasco, los coroneles Serra y Aiz-
puru y el teniente coronel Rego-
yos, emprendieron un movimiento
combinado de avance; el enemigo
ofreció al principio poca resisten-
cia, pero luego reaccionó, obligan-
do á nuestras tropas á aumentar la
línea de fuego. Al fin los jarkeños
hubieron de repasar el Kert, reple-
gándose entonces las columnas en Yazanen, en Iz Hafen, en
el Avanzamiento, en Ras Medua y en Morato Bobua. Nues-
tras pérdidas fueron dos jefes, cuatro oficiales y once soldados
heridos y trece soldados muertos.

El día 26 transcurrió con tranquilidad, lo que confirmó la
suposición de que la jarka debió de haber quedado muy que-
brantada en los combates de los días anteriores.

El día 27 las mismas cinco columnas mencionadas realiza-
ron una importantísima operación, cuyo resultado definitivo

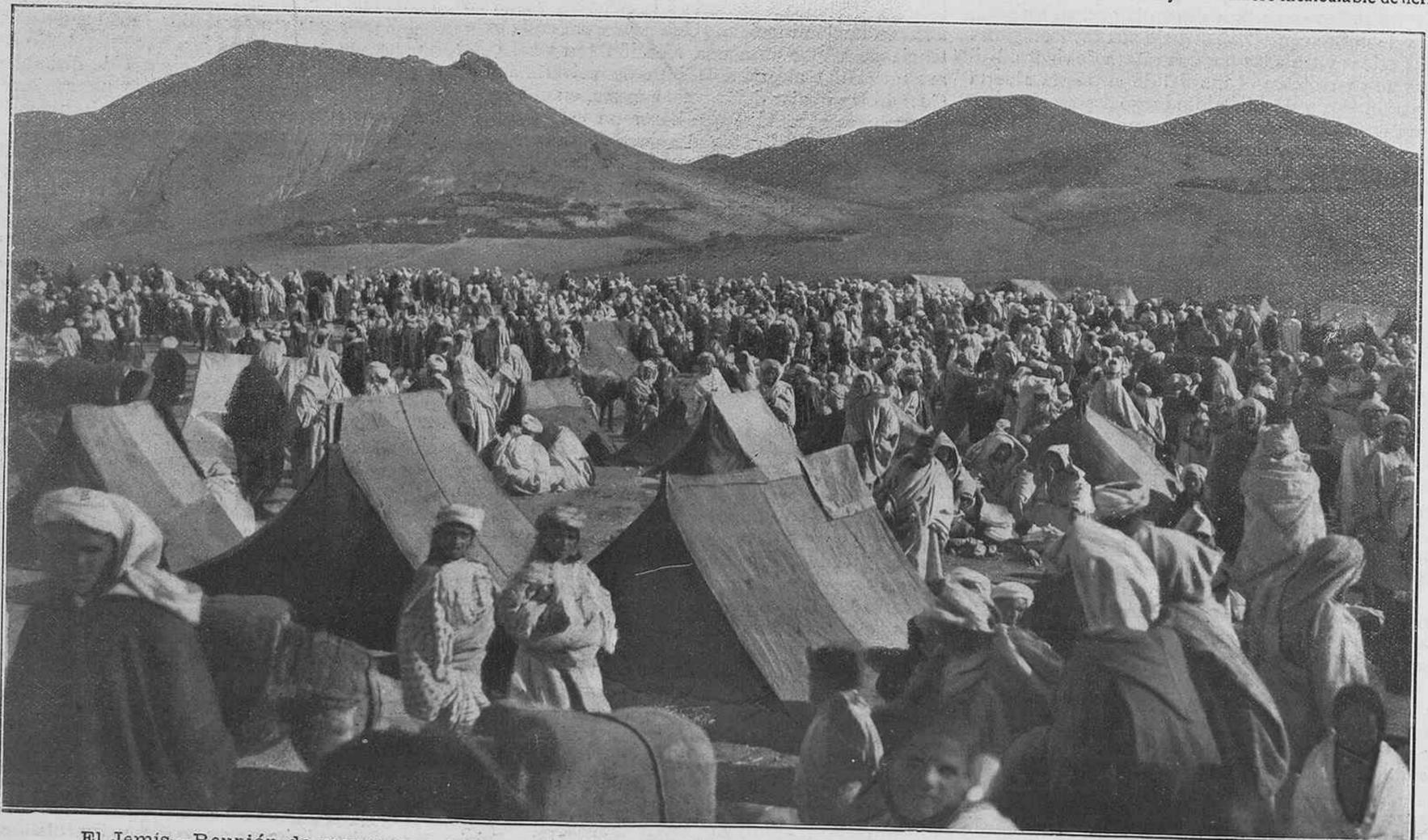
fué la derrota completa de la jarka. Los cabile-
ños opusieron vigorosa resistencia, pero no pu-
dieron resistir el vigoroso empuje de nuestros
soldados, que les tomaron sus posiciones y arra-
saron sus poblados y caseríos. Los moros, recha-
zados en todas partes, encontráronse envueltos
por nuestras tropas, que los acorralaron hacia la
playa, en donde hubieron de sufrir el fuego vi-
sísimo y certero de los buques de guerra crucero
Infanta Isabel y cañoneros *Loya* y *Marqués de*
la Victoria. Al fin el enemigo huyó á la desban-



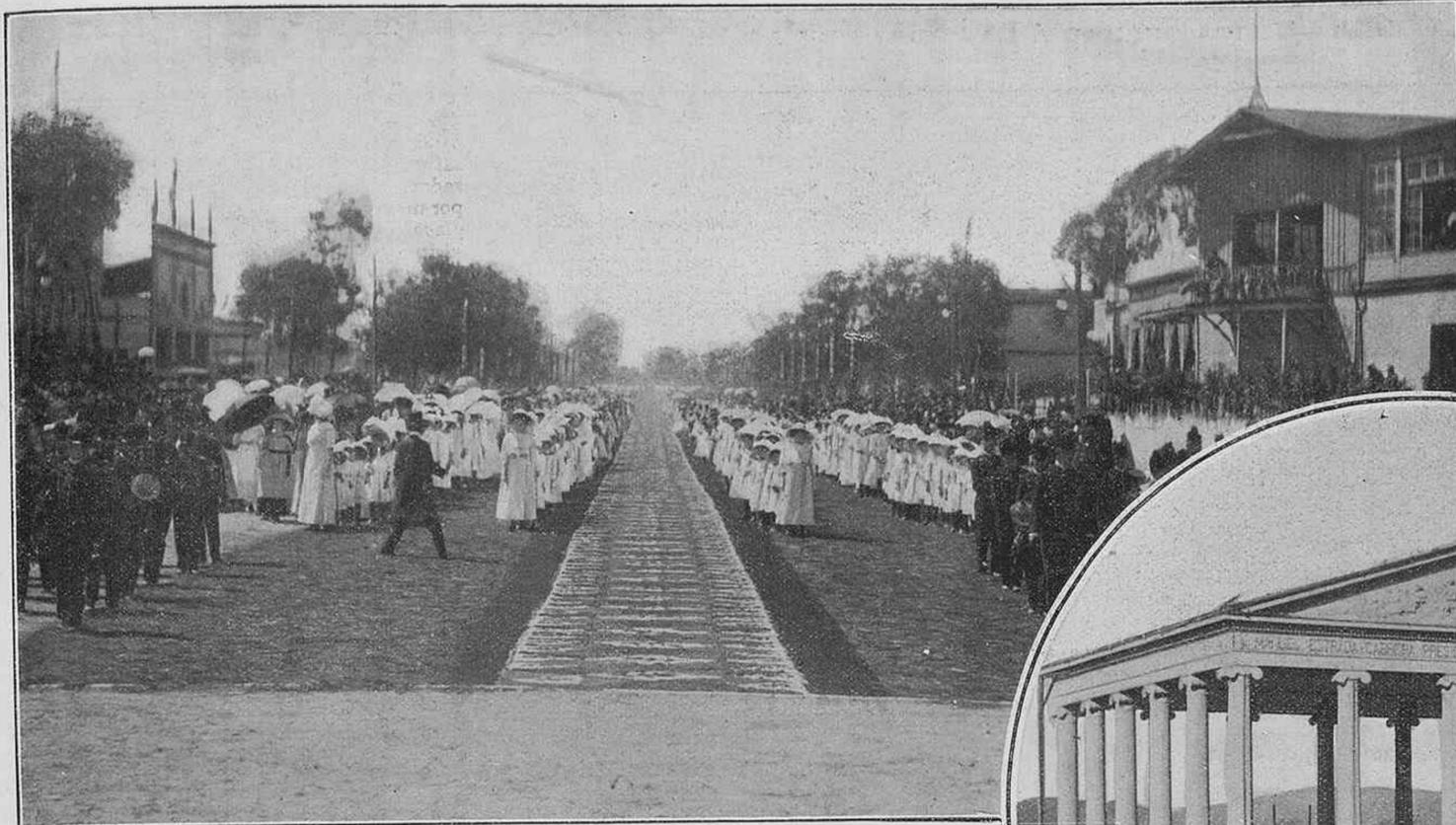
Soldados de caballería que han dado brillantes cargas
contra la jarka enemiga

dada, dejando en el campo centenares de muertos. Las bajas
de nuestras tropas fueron numerosas, pues los jarkeños se ba-
tieron desesperadamente; consistieron en un jefe, el coronel
García Gómez, doce oficiales y ochenta y tres soldados muer-
tos, y un general, el general Ros, dos jefes, el teniente coro-
nel Cavanna y el comandante Dabán, veintidós oficiales y dos-
cientos cincuenta y siete soldados heridos.

Las de la jarka, según confidencias fidedignas, ascendieron á
mil quinientos muertos y á un número incalculable de heridos.



El Jemis.—Reunión de moros para tratar de la actitud que han de observar respecto de la llegada de la jarka enemiga,
que les roba sus mujeres y sus ganados



Llegada de las escuelas de ambos sexos al Palacio de Minerva.

GUATEMALA.—LOS FESTIVALES DE MINERVA

El último domingo de octubre, celebráronse en Guatemala los festivales de Minerva, hermosas fiestas dedicadas á la juventud que desde hace algunos años vienen efectuándose en aquella capital.

Desde antes de las ocho fueron reuniéndose en la Plaza de Armas y en los otros sitios designados de antemano todos los alumnos y alumnas de colegios nacionales y particulares que debían tomar parte en el desfile hacia el Palacio de Minerva.

Poco después de las nueve comenzó el desfile, que fué presenciado por una multitud inmensa. El orden del cortejo era el siguiente: alumnas del Instituto Nacional y de la Escuela de Artes y Oficios Femeniles; huérfanas del Hospicio Nacional; alumnas de diez escuelas nacionales y de gran número de colegios particulares; tres batallones infantiles y el Cuerpo de Sanidad.

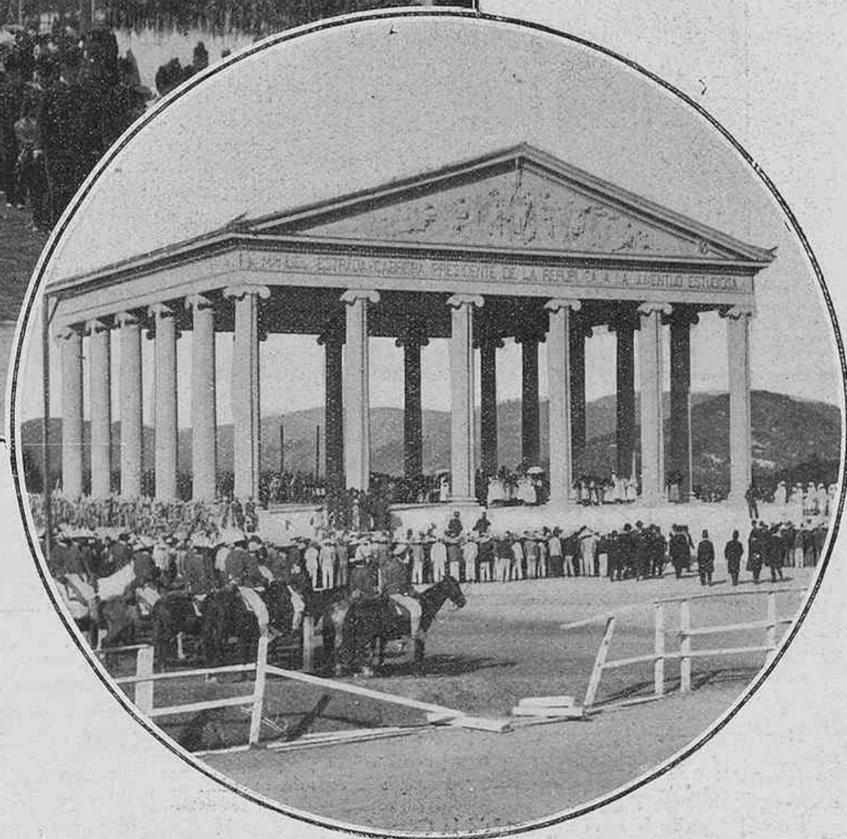
Al llegar delante del Palacio Presidencial, en cuyo balcón de honor se hallaba el presidente de la República, D. Manuel Estrada Cabrera, la columna prorrumpió en un atronador viva al primer magistrado de la nación.

La entrada de la comitiva en el Palacio de Minerva fué grandiosa y emocionante.

Colocadas las alumnas en sus puestos y formando los alumnos cuadro de honor, izóse la bandera entre los acordes del Himno nacional y luego se descubrieron los medallones del obispo Marroquín, protector de

los indígenas y fundador de la primera escuela de niños de Guatemala, y del incansable propagandista de la enseñanza de la juventud y eminente historiador Dr. D. Alejandro Marure.

Después sirvióse á los escolares un *lunch*, terminado el cual se efectuó el reparto de premios entre los alumnos más distinguidos y se hizo entrega de la bandera al batallón infantil.



Llegada de la comisión calificadora al Palacio de Minerva, donde se repartieron los premios á los niños más adelantados de las escuelas. (De fotografías de Daniel Quinteros.)

Los niños que tomaron parte en aquella simpática fiesta fueron 5.180.

ZEISS
TESSAR
1:3.5 1:4.5 1:6.3
OBJETIVOS LOS MÁS PROPIOS Y LOS MEJORES PARA VISTAS INSTANTÁNEAS, RETRATOS Y PAISAJES.
Pídase el prospecto el. 2517 que se envía gratis y franco.
De venta en los almacenes de aparatos fotográficos.
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA

CITRATO EFERVESCENTE
"KING"
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300.000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPRÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y tenso
Casa GANDÈS R. St-Denis, 46

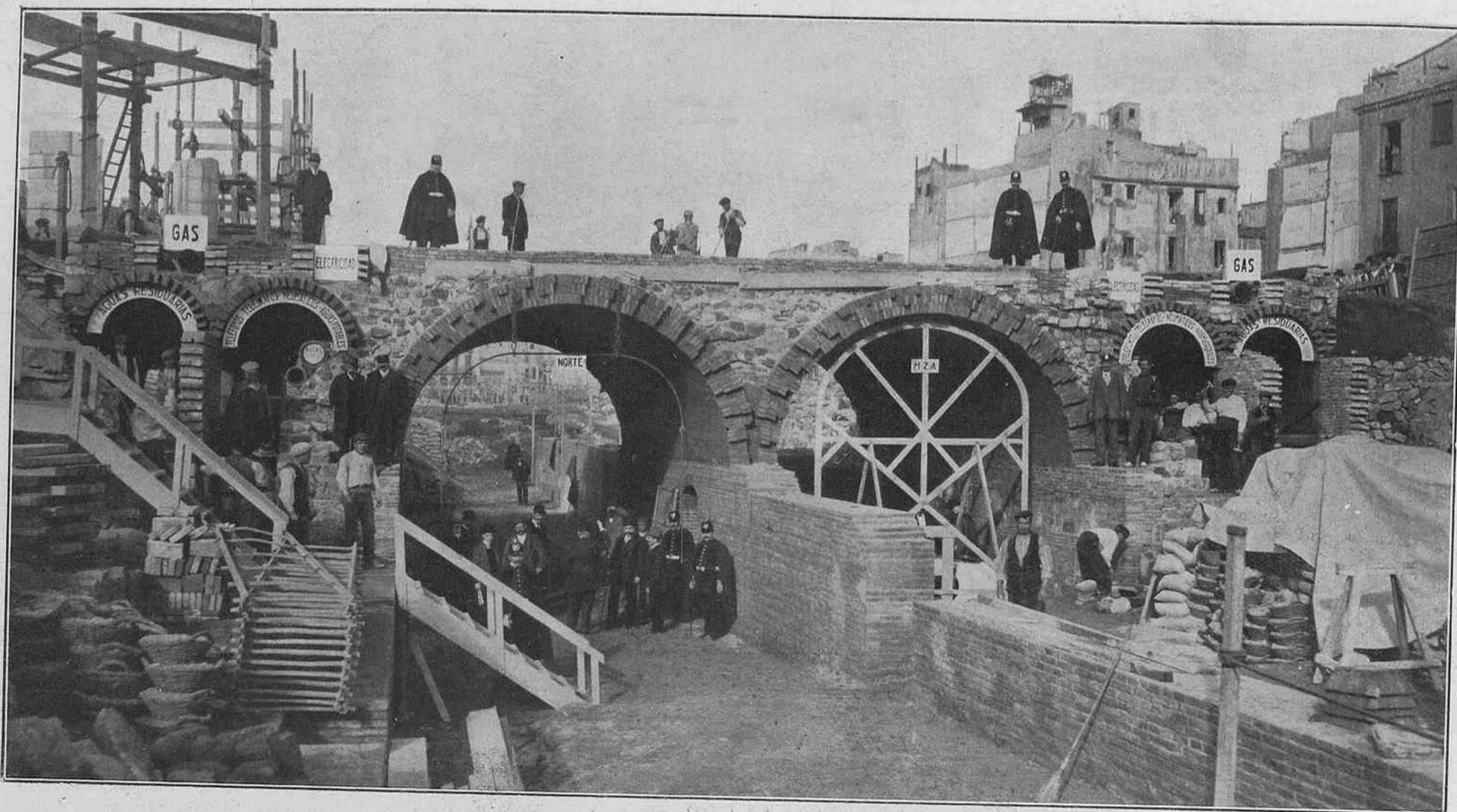
AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS REYES
JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, REÍTARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ
ES EL
ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

BARCELONA.—VISITA OFICIAL Á LAS OBRAS DE LA REFORMA, EN LA GRANVÍA A



Vista del trozo urbanizado según el tipo á que han de sujetarse las tres grandes vías
(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Hace pocos días el Ayuntamiento barcelonés visitó oficialmente las obras del tipo de urbanización á que han de sujetarse las tres grandes vías proyectadas que constituyen la reforma de nuestra ciudad y de las cuales hállase muy adelantada la señalada con la letra A, más conocida por calle de Bilbao.

En el límite de la zona destinada á la Casa de Correos, se ha construído un trozo de unos diez metros en el que la urbanización aparece completamente ejecutada, pudiendo apreciarse en él la importancia que revestirán tales obras una vez terminada la vía. En una zanja de veinte metros, ancho total de la vía, se ven dos galerías gemelas, de cinco metros de luz, que correrán á unos seis metros de profundidad debajo del arroyo central y por cada una de las cuales podrá circular un tren ferroviario de vía normal. A ambos lados y á tres metros y medio debajo de las aceras, hay otras dos galerías de menores dimensiones, destinadas una á alcantarilla y otra á la conducción de aguas potables, hilos telegráficos y telefónicos y tubos neumáticos.

Lo que ha de ser arroyo central, de once metros de ancho, está adoquinado; las aceras, de 4'50 metros de ancho, serán pavimentadas con losas de piedra y estarán provistas de tragalu-

ces para la iluminación y ventilación de todas las galerías del subsuelo. Además, hay unas zanjitas cubiertas, rellenas de arena, encajonadas con obra de fábrica, en las que se colocarán las cañerías de gas y los cables de la electricidad; frente á cada casa se construirán pequeñas tajetas para hacer las acometidas y demás reparaciones en las tuberías sin necesidad de remover el pavimento.

Las obras han corrido á cargo de la sociedad Fomento de Obras y Construcciones, por subrogación del Banco Hispano Colonial, bajo la dirección del arquitecto municipal Sr. Falqués, quien, secundado por los facultativos del Banco Sres. Bassagoda, Sagnier y Sentmenat y por los del Fomento Sres. Rojo, Sanz y Torres, ha concebido y comenzado á realizar un proyecto digno de la magnitud de la reforma con tanto éxito iniciada. Todos fueron muy calurosamente felicitados por los que concurrieron á la visita, quienes hicieron extensiva su felicitación al Ayuntamiento, al Banco Hispano Colonial y al Fomento de Obras y Construcciones.

Para dar una idea de la importancia de los trabajos realizados hasta ahora para la apertura de la Granvía A, diremos que se llevan expropiadas y derribadas 232 casas, habiendo desaparecido total ó parcialmente 24 calles antiguas.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

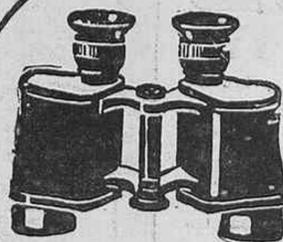


PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

ZEITZ



GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA
EJÉRCITO Y MARINA,
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR
E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA
Wetzlar (Alemania)

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN